

DIARIO DE UN MENDIGO

Este relato que empiezo ahora mismo quiero que sea, ante todo, un homenaje hacia todos cuantos se encuentran en las mismas condiciones que mi triste persona. Somos miles de hombres y mujeres que, por no querer delinquir (Yo era un delincuente de guante blanco) nos encontramos en este lamentable estado de pobreza, miseria y desolación a que la vida nos ha abocado. Es cierto que somos una especie criticada, mal vista por la sociedad actual, pero sin lugar a dudas, es una realidad que existe y nada ni nadie la puede esconder. Y fijémonos que, nuestros dirigentes políticos nos quieren desviar la mirada cuando se habla de un tema como el nuestro. La realidad es que, visto el mundo desde las poltronas del poder, sus retinas no alcanzan a ver lo que pasa en la parte baja de la sociedad.

Yo vivo en Madrid, como tantos seres humanos de esta España nuestra. Claro que, decir que “vivo” es una expresión muy impresionista por mi parte. Intento sobrevivir con las migajas de otras muchas gentes. Si a esto le llamamos vivir, aunque yo no me quejo, así será. Lo realmente cierto es que respiro y ando. Siendo así será porque estoy vivo.

A lo largo de este relato explicaré con detalle las razones que me llevaron a la mendicidad, aunque, mientras tanto, quiero indicar un poco cómo y de qué manera son las condiciones de vida en que subsisto. Nosotros, el colectivo inmenso que formamos este pequeño mundo de la mendicidad, también tiene nuestras disputas lógicas. Claro que, la sociedad actual, las gentes normales de esta ciudad e imagino que del mundo entero, suelen partirse el pecho por el dinero; odiarse por dinero, traicionarse por dinero: todo, absolutamente todo se hace pensando en acumular ingentes cantidades de vil metal. Lo nuestro, y permítaseme el eufemismo de hablar en nombre de mis compañeros, es otra historia distinta.

Yo, que estuve en las más altas cimas de la sociedad, si es que la altura se mide por el dinero, comprendo ahora muchas cosas, entre ellas, la estupidez del ser humano en buscar sólo dinero En

calidad de mendigo, como vengo diciendo, he podido comprobar muchas cosas. En este sub.-mundo que tanto nos aterra, tanto a los que vivimos en él como a los que piensan que un día, como yo, pudieran acabar pidiendo limosna, lo realmente maravilloso es que no me hace falta el dinero; que nadie lucha por ser rico en ninguna de las extensiones de la palabra. Quizás, quién sabe, igual he descubierto un mundo feliz que hasta ahora no había conocido.

Es cierto, como antes decía, que todos tenemos nuestro corazoncito: nosotros, los mendigos, también. Siendo así, les contaré lo de las pequeñas disputas a que antes me refería. Ante todo tenemos un código de ética y moralidad que ya la querrían tener los que caminan con un coche fastuoso. Cada uno de nosotros, por antigüedad, partiendo de esta premisa, tiene las licencias que en verdad le son acreedoras. Me explico. Si mi zona está, pongo por ejemplo, en la Gran Vía, mientras yo viva o me marche de esta ciudad, nadie puede mendigar en donde yo cohabito. Esta es una máxima que se respeta como una norma básica. A partir de ahí, cada cual en su casa y Dios en la de todos.

He dicho que no necesito el dinero y, sin proponérmelo, he faltado a la verdad. Lo que sí quiero que quede claro es que necesito sólo el que me pueda hacer falta. Si para comer, cada día, me arreglo con mil pesetas, no necesito más. Esta es una realidad como el sol que nos alumbra. A mi se me ha dado caso de llegar un señor y, a las seis de la tarde, entregarme dos mil pesetas y yo, educadamente, le he dado las gracias y no se las he cogido. Nosotros, los mendigos, practicamos una vida lógica, de ahí nuestro gran tesoro. Si no puedo gastármelo, para qué lo quiero.

LA GRAN VIA DE MADRID.

En mi zona de Gran Vía, desde estos años en que vivo de la caridad de los demás, puedo decir que soy un tipo afortunado. Creo que nada me puede hacer falta; tengo de todo. Mi hatillo, como cualquier maletilla, está repleto de chismes y, el petate que alguien

me dio como recuerdo de la mili, lo tengo abarrotado de ropas y enseres. Las gentes de Madrid son muy generosas para con nosotros, esta es una gran verdad. Yo visto como un señor de la vida normal gracias a la ropa del señor Paco. El señor Paco del que no sé, ni falta que me hace, saber sus apellidos, me trata de maravilla. Todo un primor este caballero. Todas las mañanas, al salir de casa, la misma pregunta: “¿Necesitas algo, amigo ¿?” Digamos que el señor Paco me subvenciona en casi todo. No, no puedo ni debo quejarme de mi situación actual. Si lo hiciera, Dios me castigaría.

Estoy haciendo una paráfrasis de cómo es nuestra vida actual, más tarde entraré en detalles lo que ha sido mi vida y de los motivos por los que llegué a la mendicidad. Si soy sincero, y no tengo motivos para no serlo, tengo que confesar que me duele no poder ir lo limpio que uno desearía. Yo era de los de dos duchas diarias y dos trajes, de los que no tenían arruga alguna. Ahora, ya ven, añoro la ducha y no echo en falta los trajes. El problema de la falta de higiene me trae a mal vivir. Hay un bar cerca de “casa” en que, el dueño, gentilmente, me obsequia a diario para que me lave la cara, haga mis necesidades, pero no puedo ducharme. Para ello, los fines de semana, acudo al gimnasio del señor Paco en que este buen hombre, este gran señor de la vida, me deja que utilice sus instalaciones y, por ende, sus duchas. Me siento en la gloria tras caerme el chorro de agua fría encima de la cabeza. Es una sensación tan placentera, tan agradable, tan dulce, que no la cambio por nada del mundo. Yo no entiendo, ahora, que la gente pueda ducharse con agua caliente. Demasiados lujos.

La parte más cruel de mi existencia, en lo que a mi vida actual se refiere, viene dada por la noche. Las noches, en invierno, son muy largas. Y son inacabables por dos razones: primero porque al haber menos horas de sol, éstas se le incrementan a la noche y, en época de invierno, sinceramente, es muy dura mi existencia. Bajo a dormir a mi hotel preferido de 5 estrellas como es el “metro”. Allí, en el arcén, estoy resguardado del duro e infernal frío madrileño. Mis dos mantas cobijan mi cuerpo, mientras que el petate de que antes hablaba, soporta mi cabeza. Así un día, otro y, quién sabe, yo creo

que durante toda la vida. Difícilmente podrá cambiar ya mi estatus de vida. Es más, creo que, de proponérmelo, yo tampoco querría. Dentro de lo que supone este cúmulo de limitaciones que esta vida comporta, creo que soy feliz. Lo afirmo: soy feliz.

CANTANDO ESPERO A LA MUERTE.

Yo llegué al mundo de la mendicidad y, como explicaré con todo detalle en páginas sucesivas, provengo de las más altas esferas de la sociedad. Al respecto, hace muchos años, dieron por televisión un reportaje en el que se hablaba de los grandes ejecutivos venidos a menos e incluso se habló de que algunos vivían en la miseria y de la mendicidad. En aquellos instantes sentí risa. Me pareció, aquel reportaje, un sensacionalismo barato por parte de la televisión con el afán de concienciar no sé bien a quien. Jamás sospeché que yo podía ser uno de los que narraban su vida por televisión, tras haber llegado al caos y a la ruina. Aquí estoy. Cantando espero a la muerte. Qué otra cosa puedo hacer.

Volviendo a lo que es mi vida actual en la miseria en que estoy sumido, reconozcamos que todo tiene su parte buena, su lado maravilloso. Antes, en mi época de gran ejecutivo, me hubiera escandalizado si, por ejemplo, en mis días de “gloria” hubiera leído lo que en estos momentos nos están machacando por la prensa, radio y televisión: el proceso contra Bill Clinton por sus presuntas causas de violación a una empleada de la Casa Blanca. Actualmente, casi nada me importa: ni Bill Clinton ni el Padre Santo de viaje en Cuba, en estos primeros días de enero de 1.998

Es ahora cuando comprendo cómo y de qué manera pierde el tiempo la sociedad actual. Siempre están – y digo están ya que yo no me preocupo de nada, absolutamente de nada – pendientes de lo que ocurre por ahí e incluso algunos se escandalizan con la historia del presidente de EE.UU, cuando ellos, a diario, hacen cosas peores

Antes, ya ven, mi vida estaba llena de prejuicios y también de falsedades. La vida del gran ejecutivo es casi siempre una pura

mentira, una simulación de vida honrada rociada con grandes dosis de hipocresía. En terminología de la calle digamos que sería aquello de hacer ver todo lo que no es. Yo, a esta especie en la que me encontraba sumido, les llamo grandes prestidigitadores. Sacan del sombrero el palomo cada vez que les vienen en gana. Y, ante todo, hacen ver que llevan una vida honrada cuando la gran realidad es muy otra. Yo, sin ir más lejos, tenía una amante. Eso sí, al llegar a casa, sacaba el tema de tal o cual violación o trapo sucio de cualquier persona famosa: vamos, de los que nos escandalizábamos todos. “Qué bajeza. Qué clase de gentes tenemos en la sociedad. Qué mundo más asqueroso.” Estas y otras frasecitas las repetía yo a diario con mi señora esposa y, claro ella se ponía las manos en la cabeza al escucharme. Ella, la muy infeliz, me daba la razón. Yo le hacía ver que mis obligaciones profesionales me impedían almorzar en casa y que, por consiguiente, tenía que llegar al hogar muy tarde todos los días. Era toda mentira. Mi vida, como la de tantos otros, se circunscribía en la mentira y en el engaño. Iba subido en un tren que, para bajarme, como se demostró, no me quedaba otra opción que esperar el descarrilamiento del mismo.

Así era yo y, quizás, quién sabe, igual estoy pagando ahora el pecado que cometí en su día, precisamente cuando me creía inmortal y me sentía por encima del bien y del mal. Yo era, ante todo, un farsante más de los miles y miles que existe sobra la faz de la tierra en que, si un día se descubrieran todas las atrocidades que esta especie cometen, no sé dónde pararían todos. Tengo lo que en verdad merezco, lo que me labré a pulso. No debo culpar a nadie. Si esto hiciera sería un insensato, un canalla, un cobarde.

¡CUANTO HORROR ¡

Cuando vivía en aquella sociedad mezquina, ruin, falsa, cobarde, adúladora en que todo consistía en el dinero, la lujuria y demás manjares de la vida, en aquellos instantes no hubiera podido comprender, y hasta lo hubiera criticado con saña, por ejemplo, que

Ramón Sampedro, el tetrapléjico gallego hubiera pedido – y logrado tras treinta años de cautiverio – que le proporcionaron la suficiente dosis de cianuro para poder morir. ¡Cuanto horror ¡ Hubiera dicho en aquellos momentos de mi esplendoroso fulgor. Ahora, en mi vida actual soy capaz de comprenderlo todo. Todos, absolutamente todos deberíamos bajarnos aunque fuera por unos días a este mundo en donde yo vivo ahora y, de este modo, entenderíamos muchas cosas que, como vengo repitiendo, hasta ahora criticábamos. Leo los diarios que me entrega, un día después, el señor Paco. De este modo me entero de todas las noticias ya que, televisión veo poca, por no decir nada. Y, aunque sea un día mas tarde, todo el lodazal del mundo te lo embadurnan en el sucio papel de periódico. Claro que, para mí, el periódico, tiene muchas utilidades, amén de echarle un vistazo y saber de las miserias de la sociedad. No existe nada más practico que este papel para envolver el bocadillo que te entregan y que quieres guardarlo para la noche. A todo, como vemos, se le busca el lado bueno.

Es lamentable que, a estas alturas de la vida, casi en el siglo XXI, haya tenido que morirse Ramón Sampedro por su cuenta. Somos tan hipócritas que, denostamos la eutanasia. Contra la voluntad divina no se puede hacer nada, decimos como un maldito consuelo, cada vez que sabemos o nos enteramos de un caso como el del citado Ramón. Es hora ya de que cualquier ser humano, en plenitud de sus facultades mentales, que no físicas, pueda decidir su futuro. He analizado el caso de Ramón Sampedro y me vuelvo loco yo solo. Mi sentimiento quizás sea de rabia, de desolación o de arrepentimiento por haber pertenecido a esa masa de sociedad falsa y corrupta, pero en todos los sentidos. Las leyes caducas y obsoletas que nos rigen, entre otras cosas han propiciado un calvario a Ramón Sampedro que, durante treinta largos años se los ha pasado pidiendo la muerte a gritos y, en el peor de los casos, sin hacerle daño a nadie; pidiendo que le dejaran disponer de su vida. Legalmente, ha muerto sin poderlo conseguir.

Así está montada la sociedad en que todo el mundo pretende vivir en la misma y, ya ven, es ahora, en mi estado de pobreza y de

extremada sencillez cuando de verdad he encontrado la felicidad. En mis tiempos de líder en mi empresa creía ser feliz. Ahora, en cambio, reconozco mi error. Nadie puede ser feliz viviendo de la mentira, de la burla, del engaño y de la hipocresía. Este era yo. Como tantos miles de personas que existen con una doble vida a sus espaldas. A fuerza de ser sincero reconozco que yo hice mucho daño en la sociedad en la que viví. Quizás por ello, como premio, se me concedió lo que ahora tengo; o sea, nada. Tampoco era justo que un vivo como yo anidara por ahí engañando a la gente, comprando a los políticos corruptos y haciendo negocios sucios con unos guantes blancos.

LA CORRUPCION.

Hablando de corrupciones, me viene a la mente ahora cuando yo desempeñaba el cargo de gerente en mi empresa y, ésta, como casi todas las empresas, me exigía cifras, resultados, balances positivos, claro está. Convengamos que, el accionariado de una empresa no le importa nada los medios que se empleen con tal de dar beneficios. Mi empresa se movía en el ámbito de la construcción, tanto en el ámbito nacional como internacional. Yo me ocupaba de los asuntos internos, es decir, de las gestiones en España. En ocasiones, había que conseguir una licencia para poder construir tal o cual edificio y, los permisos oportunos, sólo se conseguían basándose en sobornos. Yo tenía una gracia especial para ofrecer el dinero, para comprar a todos los políticos corruptos de este país que son más de los que nadie imagina. Es cierto que, entre los grandes líderes, yo tenía el cartel de ser el mejor en lo que a estos trabajos sucios se refiere. Siendo así, desde que entré en la empresa, en breve espacio de tiempo llegué al liderato. Allí, por lo visto, necesitaban un criminal a sueldo y yo, para poder llevar mi tren de vida sucio que llevaba, no dudé un instante en aceptar el trabajo repugnante de que antes les hablaba.

No voy a dar nombres de personas ni ciudades ya que, de

hacerlo, a pesar de que yo no tengo nada que perder, podría herir a ciertas personas que eran subordinados míos y que, ante todo, eran personas honradas. Ellos no tenían la culpa de tener un jefe tan hijo del diablo como yo lo fui. Al respecto de la corrupción, sí tengo que decir que, todos los políticos que compré podían tener – y tenían – cualquier signo político. Unos eran del PSOE, los más; otros del PP, así como de cualquier formación política, como antes explicaba.

Cuando ejercía esta labor, a veces, me quedaba perplejo de cómo reaccionaban los individuos en cuestión. Cuando entrabas en su despacho con el maletín lleno de billetes de diez mil pesetas, tendrían que haber visto ustedes la cara de satisfacción que ponían todos al contar el dinero. Algunos, hasta les cambiaba el semblante. Era normal. Fijémonos que, una vez, a un alcalde de un pueblo – o ciudad, como ustedes prefieran – le llevé la nada despreciable cantidad de cincuenta millones de pesetas. Claro que, la licencia que se nos concedía era para construir un edificio de cien viviendas junto al mar; o sea, nada, comparado con lo que más tarde serían nuestros beneficios. El alcalde aludido, si no ha sido muy tonto, imagino que aun tendrá dinero de aquella importante cantidad que yo le entregué. Si lee usted este libro, señor alcalde – si sigue en su puesto corrupto – tómese una copita a mi salud.

SE PARO EL MUNDO Y ME APEE.

En mi pensamiento está aquello que decimos siempre y que casi nadie cumple. Me refiero a esa célebre frase que dice más o menos así: “Si se parara el mundo yo me apearía de él”. Se paró, me bajé y, aquí estoy. Ahora, como he repetido, dentro de todas las limitaciones que lleva implícitas esta forma de vida, he de confesar que vivo tranquilo, con un relajo impresionante. No soy ni siquiera un número, como lo he sido y como lo son todos los seres humanos. Soy un bulto, una cosa que anda, que respira y que sufre o disfruta, según se mire, pero nada más. Cuando entré a formar parte de este colectivo de seres marginados, en un solo instante acaté las reglas de

nuestro mundo. Nada de documentos, ni registros, ni nada que se le parezca. Rompí el documento nacional de identidad, la cartilla de la Seguridad Social y todos los documentos que pudieran identificarme de alguna u otra manera. Por vez primera en mi vida tengo la sensación de que soy un ser humano; con mis limitaciones, pero un ser vivo que no pertenece a registro alguno. El hecho de comprobar que jamás me hará falta un bolígrafo para escribir, una agenda, un listín telefónico, un dietario de fechas; o sea, no me hace falta nada, absolutamente nada. Lo que antaño se me hacía imprescindible, ahora, por caprichos del destino, ha quedado todo aniquilado. Ya nunca más tendré que preocuparme de la declaración de renta, ni de nóminas, ni patrimonios, ni de ningún otro documento oficial. Soy libre. Me ha costado mucho, pero lo he conseguido.

Desde que asumí mi papel en esta nueva vida, obviamente, conocí a otro tipo de gentes. Cada cual, en nuestro trabajo o quehacer, nos aglutinamos en pequeños mundos. Antes vivía en la elite de los grandes directivos en donde anida la mentira, el engaño, la farsa y la doble vida, como antes decía. Hoy, mi vida es totalmente distinta. Mi círculo de gentes amigas son los que viven en la calle, como yo, naturalmente. Si algo he conocido y me ha emocionado es que los que hacemos la calle, por citar una expresión, nos apreciamos de verdad. Aquí puedo decir que la amistad es un valor indestructible. Antes la gente fingía que me amaba por los malditos intereses que mi vida representaba; pero era toda mentira. En la actualidad, las gentes de la calle somos amigas de verdad, sin prejuicios de ningún tipo. No existe motivo para mentir, sólo para amar. Desde mi primer día en la calle trabé amistad pura y sincera con una prostituta que atiende por Tica, cuyo nombre es Escolástica. A tenor de su nombre, creo que hizo bien la buena de Tica al abreviarse el nombre ya que, de lo contrario, su nombre de pila no le favorecía para nada en su trabajo. Tica, así, sin más, hasta creo que queda bonito.

MIS AMANTES.

En mi etapa de gran directivo tuve amantes como las tienen casi todos y, hasta un buen día llegué a pensar que era muy guapo y que las señoras se volvían locas por mí. Como en todas mis acciones, vivía equivocado. Revoloteaban junto a mí, hacían el amor conmigo por mi dinero. Algún puñado de millones desperdicié y malversé por culpa de las señoras. Era, claro está, mi fastuoso coche, mis lindos trajes y mi inacabable cuenta corriente lo que las volvía enamoradizas hacia mí. Así de estúpido fui y así de equivocado viví durante muchos años. Este es el amor que yo creí haber descubierto. Mientras tanto, mi esposa e hijos pensaban que yo vivía sólo por y para el trabajo. Raro era el día que no quedaba a cenar con algunas de mis amigas. En mis viajes de avión por todo el territorio nacional e internacional, siempre tenía la compañía de una dulce secretaria. Eran todas, eso sí, como artistas del celuloide. Las feas no tenían cabida en mi estatus social. Yo era, el clásico don Juan que, con una gran cartera de billetes, hasta el más tonto puede lograr lo que yo logré. Por tanto, en mi persona no había mérito alguno. Era, lo confieso, un pobre hombre más de los miles y miles que existen sobre la faz de la tierra.

Con Tica, como explico, he logrado una maravillosa amistad. Ella es buena, un ser humano angelical que, tras una vida azarosa, abandonó su pueblo, a sus gentes y se vino a Madrid para hacer la calle. Al mundo de los marginados llegan gentes de todas las esferas sociales. Yo, como he relatado, saboreé los más suculentos manjares de la vida. Tica, por el contrario, nunca gozó de nada agradable. Su marido, un borracho empedernido que, todos los días, al llegar a casa, antes de violarla, le atizaba una paliza. Esta cruel historia de Tica, la cual me ha relatado en muchas ocasiones, en todas ellas se me pone los pelos de punta. Nunca pensé que podía haber tipos tan canallas como su marido. Tica dejó, en el pueblo, además de su marido, a dos hijos los cuales cuida su madre. Ella no para un instante de “trabajar” para que no les falte de nada a los chicos. Todos los meses les manda un giro postal con una importante cantidad de dinero.

He de confesar que, por ejemplo, en mi época de esplendor jamás conocí una persona tan hermosa de alma como esta chica maravillosa que atiende por Tica. Ella es tan buena que, incluso, en las noches más crudas del invierno me ha invitado a pasarlas en la habitación que ella tiene alquilada en una humilde pensión madrileña. Creo recordar que hemos estado juntos varias noches y, sinceramente, nos las hemos pasado en pura vela. Sólo la primera vez que pernocté con ella hicimos el amor. Ella sabía de mi ansiedad y, sin mediar palabra, se desnudó, me mostró sus encantos y satisfizo mis deseos carnales. El resto de las veces que hemos estado juntos nos los hemos pasado charlando de nuestras cosas, de nuestros problemas, de las circunstancias que, tanto a ella como a mí, nos abocaron a este mundo marginal. Ahora, tanto Tica como yo, somos felices y, entre ambos, hemos forjado una amistad maravillosa. En época estival, rara es la noche que no nos tomamos un bocadillo a las tres de la madrugada sentados en un banco de cualquier parque de la ciudad. Tras conocerla y ver que me brindaba su amistad sincera y pura a cambio de nada, absolutamente nada, es entonces cuando comprendí que, hasta en el mundo de la marginación pueden quedar – y quedan– seres extraordinarios. Recuerdo que, el primer día que la conocí y le conté mis avatares de lo que había sido mi vida, tuvo una expresión que me dejó atónito. Me dijo: “Tú eres un hijo de puta “. A lo que no tuve más remedio que asentir con la cabeza afirmando lo que ella pronunciaba. Lo mío es increíble y, Tica, al conocerme, pensaba que era una broma lo que le estaba gastando, de ahí que, cuando le confesé toda la verdad, esbozara la afirmación antes dicha.

MI AMADA TICA.

Tras varios años en este pequeño mundo de la marginación, la soledad, a veces el desaliento y la pena, Tica ha llenado mi vida por completo. Nuestra amistad viene dada porque tenemos gustos afines, sentimientos paralelos y deseos de cariño entre ambos. Elle ejerce el

oficio más antiguo del mundo, pero no por ello grato. Entre sus clientes tiene que soportar a tipos que, un día tras otro le recuerdan a su marido y ello es desagradable. Pensemos que Tica huyó de su pueblo para no ver nunca más al despreciable de su marido y, tipos de semejantes características los tiene que soportar a diario. Está claro que Tica no ejerce la prostitución de lujo, ni los alternes en las altas esferas de la sociedad. Según me ha contado, su tarifa es de 3.000 y 5.000 pesetas por cada sesión de hacer el amor; depende todo de la calidad del cliente. Al final de la “jornada” Tica puede contar algún que otro billete de 10.000 pesetas, es cierto, aunque luego viene el chulo y se lleva el sesenta por ciento de las ganancias. Muchas veces le he preguntado si ella sola, por sí misma podría hacer su trabajo sin la necesidad de ningún intermediario, diga en tono coloquial. A lo que ella siempre me ha respondido que es imposible ejercer la prostitución sin el “manager” correspondiente. Es tanta la competencia que, hasta para ser puta se necesita del “apoyo” de un tipo sanguinario que, como he dicho, se lleva casi todas las ganancias de Tica. A pesar de los pesares, mi buena amiga Tica sigue trabajando con denuedo con la ilusión de que nada les falte a sus hijos, pagar su pensión, vestir con cierta decencia, comprar algún que otro perfume barato y poder adquirir bonos de autobús.

Lo que nos diferencia a Tica y a mí es que ella, como he explicado, tiene una razón, un porqué a su trabajo: o sea, sus hijos. Yo, por el contrario, no tengo ilusiones de nada, ni nadie me espera, ni a nadie tengo que rendir cuentas. Yo, como dije, se paró el mundo y me bajé. Ella, Tica, lo único que hizo fue apartarse de un círculo que le era fatídico. Ahora, en la inmensidad de la vida madrileña, nuestras vidas se han encontrado. Por primera vez en mi vida le he sido sincero y le he dicho la verdad a una persona. Ella es Tica. Tras conocer a esta muchacha he seguido creyendo que la felicidad, la verdadera, puede ser posible. Y he enfatizado en la verdadera felicidad ya que antes yo vivía en una nube que me creía feliz cuando era todo lo contrario. Fui el más desgraciado del mundo. A la marginación se llega andando hacia ella. Uno, en su quehacer

diario, camino, sin pensarlo, hacia su propio abismo. Las personas de mí alrededor que me han conocido y tratado, todos me han preguntado lo mismo: ¿ Cómo ha llegado usted a esta situación ¿ Y siempre les he tenido que repetir lo mismo: “ Caminando hacia la misma?” En la vida nada es gratuito. Quien mal anda, mal acaba. Dice un refrán popular. Es cierto. No tendría sentido ni hubiera sido lógico que mi situación hubiera durado toda la vida. Si mi estado de falsedad, podredumbre interna, engaños, burlas y desdichas contra mis semejantes, todo ello no lo hubiera purgado como lo estoy purgando, quizás hubiera acabado suicidándome.

EL HIJO DE MI LUJURIA.

En uno de los capítulos de mi vida en que le contaba a Tica en que, sin saber cómo ni el porqué, un día, entró una señora en mi despacho, que con anterioridad había sido mi amante, y vino para amenazarme de que si no le daba para mantener al niño que traía en brazos me denunciaba ante mi esposa y, por supuesto, ante la ley. Tuve que transigir y darle la cantidad que me pedía. Las razones eran evidentes. El niño que traía en brazos la mencionada señora era hijo de mi desenfreno con ella en nuestras noches de amor. Situaciones como la referida y de idéntica similitud tuvieron que pasarlas en varias ocasiones, fruto de mi desenfadada vida. Al final, qué duda cabe, mi esposa me echó de casa, lo perdí todo y, repleto de deudas morales y económicas, no tuve más remedio que abandonar. Bajarme de mi esfera, del mundo que es redondo y refugiarme en el lugar en donde cohabito. No ha faltado quien me ha dicho que podía haber pedido trabajo en cualquier menester para poder sobrevivir. Dicho así, hasta hubiera sido posible. Pero mi cara y mi nombre, en el mundo de las finanzas eran demasiado conocidos, así como mi curriculum de maldades, como para que nadie en el mundo me hubiera escuchado. Siendo así, y practicando un ejercicio de humildad, tengo lo que me merezco, lo que con tanto desenfrenó me labré. No puedo ni debo culpar a nadie de mi situación, ya que, si lo hiciera, sería un demente y, por el momento,

el juicio no lo he perdido. Pienso que en la vida lo he sido todo, pero nunca un cobarde. Y no es cobarde aquel que afronta su vida, su situación actual y tira hacia delante con las únicas armas que tiene. Soy mendigo porque me lo busqué, me lo gané a pulso y, entre otras muchas razones, porque ninguna puerta se hubiera abierta ante mi desgracia. Mi infortunio vino dado por mi mala vida. Una desgracia es algo que te cae sin que lo hayas buscado. Lo mío era una vida desenfrenada que, como Dios ha sido justo, al final caí al precipicio.

MI DIALOGO CON DIOS.

Los domingos, aunque parezca paradójico, practico un ejercicio inusual en lo que a mi forma de ser se refiere. Confieso que nunca fui a misa, que semejantes ritos me parecían destinados a un cierto sector de gente analfabeta y que Dios era sólo dinero y placer. Como explico, ahora, junto a Tica, los domingos y algún día por la tarde, viene a verme y nos refugiamos en la iglesia que tenemos en nuestra zona. Oímos misa y, ante todo, escuchamos la palabra de Dios en boca del sacerdote del barrio, un buen hombre donde los haya. Tanto mi amiga como yo, dentro de la iglesia encuentra una paz espiritual que antes jamás habíamos tenido; como una sensación tan distinta a lo que había sido nuestra vida, que sentimos el placer de nuestra alma. En mi caso concreto, desde que tuve uso de razón, procuraba darle placeres a mi cuerpo. Lo del alma me lo tenía a cuento chino, como lo de las iglesias, los curas, las misas y todo lo que olieran con carácter religioso. En estos instantes es todo tan distinto, tan diferente en lo que a las sensaciones del alma se refiere, que desde aquí invito a todo el mundo a que practique charlar con Dios. Hablar con Dios no es otra cosa que abrir tu conciencia a los demás, hacer un examen de la misma y, ante todo, sentirte limpio de culpa. Es una reflexión en el camino. Cada noche, antes de acostarme – y ya les he dicho como duermo – le doy gracias a la providencia por lo mucho que me ha dado. Pero no por lo que tuve con anterioridad; por lo que tengo ahora. O sea, por nada. Y con

nada he logrado ser feliz. Descargué mi conciencia, me liberé de todas mis culpas y, en mi estado actual soy feliz, muy feliz. Tener que bajarse uno a las más hondas entrañas de la sociedad actual para entender lo que es la felicidad, ello resulta paradójico, casi increíble, pero tan cierto como la luz del sol.

ME CREI INMORTAL.

A lo largo de estos años de penuria y de escasos medios de todo tipo, uno, mi caso, ha sabido encontrar, como antes les decía, la paz en mi alma. Esto que cuento parecerá irreal, pero es tan cierto como que existe un Dios. Yo tuve toda la gloria posible que un hombre pueda atesorar, pero como tantos otros, era una piltrafa, un ser despreciable que todos cuantos a mí acudían lo hacían por el maldito dinero. Por tanto, no era yo quien influía en nada; ni mis valores éticos ni morales; era, como la vida me demostró, mi abultada cartera y mi suculenta cuenta corriente. Ahora comprendo que yo era capaz de comprar amigos, pero jamás tuve ninguno. Es tan distinto que alguien te quiera por ser como eres, a que la gente se aglutine en tu alrededor para ver cuanto te sacan. A mí me sacaron mucho. Me creía inmortal, por encima del bien y del mal. Era todo fachada. Se me acabó el dinero y se me terminó mi vida toda. Cada noche, al echarme a dormir en mi rincón del arcén del metro, al estirar la manta me vienen a la mente estos y muchos más recuerdos. ¿Cómo es posible que un tipejo como yo haya podido vivir en la esfera que yo vivía ¿? Esta pregunta me la hago a diario. No tengo respuesta. Aunque, bien pensado, si tengo la respuesta. Estoy en el lugar en que caminaba hacia él. Vivir siempre al borde del precipicio te puede llevar al fondo del mismo. Este es mi caso y así se ha forjado mi vida. Poco a poco la vida creo que irá repartiendo justicia y todos los hombres que actuaron y actúan como yo, ojalá el destino les depare una situación análoga a la mía. Repetiré una y mil veces que no hubiera sido justo que yo hubiera seguido en donde estaba. Por hacer tanto daño como yo hice a la sociedad, más vale que

alguien me hubiera quitado la vida. Entiendo que haya mucha gente en la cárcel. Quizás, entre rejas, hubiera sido mi lugar idóneo. Seguro estoy que habrá muchas gentes privados de libertad con menores causas que la mía. Yo lo despilfarré todo, tiré los millones de forma injusta aunque, rodeado de buenos asesores, nunca pudieron probar nada en mi contra. Quedó claro que me burle de la ley, y de la propia sociedad, pero la vida, me otorgó mi merecido. Está claro que existe mucha gente que burla la ley, a montones les conozco, mejor dicho, les conocía. Quien mal anda, mal acaba. Este he sido yo.

Recuerdo en mi época de ejecutivo y, entre otras muchas aberraciones yo aplaudía la vida social del jet set. Claro, en honor a la verdad yo era uno de ellos, uno más para participar del festín. Así, de este modo, cuando alguien se metía con los de mi especie, yo cogía unos disgustos tremendos. Mi círculo era sagrado. Mis ojos veían con agrado esas modelos que, con su sexo eran capaces de arruinar al primer marqués que se pusiera en su camino. Isabel Prysir era una de mis musas favoritas, por poner un ejemplo. Mar Reyes era la reina de la noche. Este tipo de vida frívola, escandalosa, anormal y de malos principios, era todo cuanto yo apoyaba. Quien hacía la mayor barrabasada era nuestro mejor ídolo. Estaba equivocado. La vida, más tarde, me lo demostró. Y, de todos estos asuntos de la vida de cuantos salen todos los días en las revistas del corazón, yo culpo a las gentes de mala capa, al currante de turno, a la señora de la limpieza que, estas obcecaciones de este tipo de gentes famosas les alimentan su ser. Pobre pueblo español, cuanto menos las gentes que no se han percatado de la mentira, del fraude y el engaño que este tipo de publicaciones venden. Todo es mentira. Las gentes de la revistas, los habituales visitantes a las páginas de colorines, con el conde Lekito a la cabeza, son todos unos oportunistas que, al ver un dinero fácil no dudan en acogerlo. Hasta tiene su lógica todo cuanto estoy explicando. Pero nadie me podrá negar que estemos ante un cúmulo de basura humana que nada dice a favor de la sociedad española. Así de ignorante somos. Y lo dice uno que era defensor a ultranza de la zafiedad y la basura viviente.

LUJURIA DESBORDANTE.

Recuerdo una vez en que mis amigos de la noche madrileña me invitaron a una orgía con ciertas presentadoras de televisión, por dinero, claro está. Esos rostros maravillosos que vemos a diario como mosquitas muertas, de noche, en su ambiente y por dinero, son capaces de hacer las mayores atrocidades sexuales. Y parece que vengan de misa cuando aparecen ante las cámaras. Aquella noche, en un chaled de La Moraleja, el vicio, la droga, el sexo, el alcohol y todo cuanto nadie pueda imaginar, corrían por aquellas habitaciones como un caudaloso río. Yo era el invitado de lujo, la persona a quien unos grandes directivos querían agasajarme. Lo consiguieron y, según supe más tarde, la juerga les costó veinte millones de pesetas, incluyendo los sueldos de las presentadoras de televisión. Al recordar todo esto, algunos días, al contárselo a Tica, ella se muere de pena. “Con la falta de dinero que he tenido yo a lo largo de mi vida, hijo de puta, y vosotros lo malgastabais de mala manera “. Esta era casi siempre la contestación que me daba cuando le contaba mis historias increíbles. Nunca le he podido quitar la razón a mi amiga Tica. Con lo que yo he tirado y lo que he visto derrochar a mis “amigos”, un pueblo grande hubiera podido vivir durante muchos años.

Tica y yo hemos convenido que muchas cosas de las que le ocurren ahora a la sociedad española tiene la culpa ella misma. Aquí nadie echa el freno y, esto tiene que acabar mal, muy mal. Ya lo verán ustedes. La vida ha tomado un cariz en todos los órdenes de la sociedad en que, le hecatombe está a la vuelta de la esquina. Nos dieron la libertad y, por el contrario, de ésta hemos hecho un libertinaje que aterra. Ya no quedan valores de amor, cariño e ilusiones como antaño. Y lo dice uno que era un gran culpable de aquello que ahora critico y que, por supuesto, no añoro. Y lo anhele para los demás ya que yo si soy feliz, libre y carente de toda presión. Pero no es justo que en los albores del siglo XXI, un ser humano, para sentirse libre y feliz tengo que irse al mundo de la mendicidad.

Y mucho mejor ser mendigo que delincuente. Y lo dice uno que proviene del mundo de la delincuencia en sus más aviesas intenciones. Claro que en la vida, como todos sabemos, si para el delito se utiliza el guante blanco como yo lo llevaba, hasta estamos bien vistos. La podredumbre de la sociedad actual sigue detestando al señor o señora que roba una pastilla de chocolate para que coman los niños. Por el contrario, si los delitos se producen en las altas esferas y con cientos de millones, todo el mundo te da la bendición. Recordemos que todo esto lo dice quien lo ha vivido en sus carnes.

UN NEGOCIO REDONDO.

Entre otras incursiones mal llamadas comerciales, un día se nos ocurrió el comercio con seres humanos. Intentaré explicarme. Uno de mis colaboradores, en cierta ocasión me dijo que había un gran negocio que con poca inversión sacaríamos enormes beneficios. Se trataba de explotar a todos los chavales que querían ser toreros. Era cuestión de ir pujando por algunas plazas de toros y empezar lo que se llaman montajes comerciales al 33 por ciento. Yo no tengo ni idea del mundo de los toros, es cierto. Pero si de negocios estaba al cabo de la calle de cualquier corruptela que hiciera falta. Pronto, nos pusimos manos a la obra y, en un abrir y cerrar de ojos, ya tenía yo sobornado al alcalde de una ciudad importante para que nos adjudicaran la plaza de toros. Ya teníamos la primera. Uno de mis colaboradores se encargaba de este tipo de gestiones aunque, claro está, a mí me rendían cuentas. Empezamos con el comercio con los seres humanos en su más viva expresión. Antes de que empezara la temporada, todos los toreros, de forma concreta los segundones del escalafón tienen unas ganas enormes de torear. Ya se sabe, puesta a punto y, al mismo tiempo, si hay triunfo, pues mucho mejor. Teníamos cola de desagraciados con el dinero en las manos para pedir torear. Elegíamos, es cierto, a los que más dinero ponían. Así, de este modo, el negocio siempre era redondo. Se montaba el

espectáculo con el dinero ajeno y nosotros no arriesgábamos nada. Luego, la taquilla, era toda limpia. Era, como digo, una suciedad más de las muchas que cometí a lo largo de mi vida. Esto es, ante todo, una confesión ante el mundo. He sido, y lo digo con gran pena, un ser ruin y despreciable. Al final, como tantas veces diré, Dios hizo justicia con mi persona.

Yo estaba en mi alto estrado de ejecutivo y desconocía las pequeñas circunstancias que rodeaban el negocio aludido. Un día, mi colaborador más inmediato, me invitó a uno de los festejos para que los conociera de cerca. Como digo, los toros no me atraían para nada. Fui con todo el escepticismo, pero no podía negarme. Allí me senté, en barrera, claro está. Me parecía fascinante, casi irreal aquel rito. Uno de los desgraciados de cuantos formaban parte de aquel circo se me acercó y me brindó un toro. “Va por usted, señor Luis Miguel” Me quedé atónito. Estaba claro, mi colaborador le dijo al torero que yo era el gran jefe y, el pobre, alucinado, se vino y para rendirme pleitesía me brindó el toro. Yo no tenía ni la más vaga idea de aquel rito. Pero si debo de hacer una confesión. Aquella tarde ocurrió algo inesperado que me derritió el alma, y era complicado que en mi mundo algo me subyugara para mis adentros. Pasó que un toro hirió de extrema gravedad a unos de los chavales. Vi que manaba la sangre a borbotones y que de dicha sangre, yo me llevaba grandes beneficios. Supuso una de mis primeras derrotas. Era, como explico, el comercio con seres humanos algo que, al verlo tan de cerca me derrotó. En mi frialdad reconozco mi fracaso. Teníamos ya varias plazas de toros y un equipo que gestionaba con altura el gran negocio. Yo, como digo, era el responsable directo de estos acontecimientos. Tenía poderes absolutos para cualquier tipo de gestión, por ello, de la noche a la mañana, decidí acabar con este negocio. Era cruel, despiadado, como todo cuanto yo hacía, pero la cercanía de lo que vi en la corrida de toros a la que asistí, me hizo declinar de tan negocio. Si no hubiera acudido a dicha plaza, a estas horas, igual, quien sabe, estaría gestionando muchas plazas de toros, formando una cruel carnicería humana con todos los chavales desvalidos que ansían por ser toreros. Mi capacidad para la maldad

había tocado techo. No pude más. Ver aquel cuerpo destrozado es algo que caló en mis entrañas, y ya era calar puesto que hasta la fecha, mis maldades no me hacían mella. Pero mira por donde, vi el dolor, la sangre, la herida de aquel muchacho y me sensibilizó que, hasta clausuré el negocio.

Los grandes negocios todos llevan implícitos una gran carga de corrupciones, mezquindades y de falsedades en todas sus vertientes. Yo lo sabía, claro, por eso los practicaba con ahínco y denuedo. Era el ganar más a costa de lo que fuere, sólo, con la intención de luego dilapidarlo. Y mientras yo amasaba fortunas, en mí alrededor, la gente pasando todo tipo de penurias. Pero no me daba cuenta. Es ahora, en mi frío análisis, cuando soy capaz de recapacitar y de ver todo cuanto hice.

EL COMERCIO CON LOS HOMBRES.

En el negocio de los toros vi cosas que creía realmente impensables. En tan pronto la gente se percató que era yo, el adorado Luis Miguel, el rey de las finanzas, el idolatrado por cientos, por miles de personas de todas las esferas, el teléfono no cesaba de llamar. Día y noche estaba la línea ocupada. Decenas, cientos de chavales dispuestos a la prostitución de sus vidas en todos sus quehaceres. He dicho bien. Prostitución. ¿No es una forma de prostitución el hecho de pagar por jugarse la vida? Todo el mundo quiere llegar a la más alta meta. Algunos, como explico, no les importa nada los medios. El que fuere, con tal de llegar..... Era sucio, ruin, bastardo aquel comercio. Claro que, cuando se analiza a tanta gente y se contacta con tantas personas, un día, sin pretenderlo, te sale un personaje que no le crees de este mundo y te pone a caldo. Recuerdo que un día vino a verme en persona un torero mexicano. Si mal no recuerdo creo que se llama Silveti. Dicho torero, ante el augurio de las plazas que tenía él chaval, claro, vino a verme porque quería torear. Era lógico. Era torero y acudía a un empresario de toros ó, en su defecto, a un granuja que gestionaba y se enriquecía

con el dinero de los más desgraciados del escalafón. Silveti, por supuesto, desconocía esta faceta. Siendo así, claro, vino a ofrecerse para mis plazas y, lo nunca visto. Me enseñó un curriculum envidiable, tanto en presentación como en hechos consumados de lo que había sido su magnífica trayectoria taurina. El hombre, con su buena voluntad y su empaque torero, al escucharme se iba quedando atónito, como de piedra. Le expliqué los requisitos “legales” para poder actuar en nuestras plazas y, lo que había sido un hombre educadísimo en toda la conversación – luego supe que es licenciado, además de matador de toros- al finalizar el diálogo me dijo. Tiene usted suerte de vivir en España. Se lo digo ya que, de haber nacido en México y dedicarse a su negocio, a estas alturas de su vida, usted ya formaría parte de los muchos que duermen en el “Rancho de los Callaitos”. Me dijo, en buenas palabras, que en su país yo sería un cadáver célebre. Se marchó y no supe más de él. Ahora, en estos vagos recuerdos de lo que ha sido mi vida, un día no recuerdo quien, me dijo que el tal Silveti es un torero de mucho fuste por todos los países de Sudamérica. Me alegro de que, entre tanto pobre hombre, un tío verdadero me supiera hacer ver que mi derrota estaba próxima. Tengo que agradecerle a Silveti muchas cosas, entre ellas, que me ayudara a bajar del pedestal, de mi trono de arena. Entre la gran lección de este hombre y la sangre derramada por el muchacho al que antes aludía y que no recuerdo su nombre, como he explicado, opté por cerrar la empresa taurina. ¡Qué diablos hacía yo explotando a los más humildes, como eran los toreros; Mi vida, hasta aquel entonces tenía otros rumbos, distintos y distantes derroteros. Eran negocios sucios, qué duda cabe, todos los que yo llevaba a cabo, nunca me cansaré de repetirlo, pero me metí en un lodazal, en un mar de desilusiones y desengaños que, repito, caló en mi ser el ver que hacía sangre de unos seres desvalidos. Tengo que agradecerle al mundo del toro que me pusiera en este mundo maravilloso en el que habito ahora mismo. Seguro estoy que, de no ser por cuanto pude ver, palpar, sentir y sufrir en este negocio asqueroso, seguiría en mi atalaya de maldades y falsedades. Nunca pude sospechar que, un mundo al que desconozco, que no me gusta, que aborrezca – ahora

más que nunca- y que me tuviera sin cuidado, al final, fuera la hecatombe de mi vida empresarial. Alguien tenía que ponerle freno a mis fechorías y maldades.

ME LLAMO LUIS MIGUEL.

Tengo que contar una curiosidad de mi vida. Me llamo Luis Miguel y voy a explicarles a ustedes los motivos. Tiene su gracia que vuelva a hablarles de toros un sujeto como yo que no sabe nada, absolutamente nada de la fiesta taurina. Mi nombre viene a colación puesto que, mi padre, gran aficionado a los toros, era partidario acérrimo del gran Luis Miguel Domingín de la época. Yo nací en el año 1.952, precisamente en la época en que el gran Luis Miguel se terminaba de auto proclamar el número uno del toreo. Mi madre, por inmortalizar el nombre de su ídolo, al nacer, me puso Luis Miguel. Luego, en el devenir de los años conocí al citado Luis Miguel, precisamente en una de mis fiestas particulares en la que invité a este famoso diestro para conocerle de cerca, claro que, en aquella ocasión yo conocí al Luis Miguel viejo y cansado de haber vivido. Aun tenía su porte, su galantería para con las señoras. Era, sin lugar a dudas, un tipo carismático. Confesaba haberse tirado a la célebre Ava Gardner, y lo decía como uno de sus grandes triunfos en la vida. Podía haberme contado sus grandes éxitos taurinos y, por el contrario, Luis Miguel se pasó toda la noche contándonos sus grandes éxitos en la cama. Todo un personaje.

Luego, paradojas del destino, al parecer, el nombre me marcó. Podía haberme llamado Mariano o Eustaquio, pero no, me pusieron Luis Miguel. Y claro, el nombre tenía su leyenda. Por lo visto, el destino quiso que yo tuviera mi leyenda particular, por lo del nombre o por las veleidades del destino, nunca lo sabré. Lo realmente cierto es que mi vida de lujuria y desenfreno emuló al gran Luis Miguel, pero sólo en su vertiente mala. Al gran torero de su época lo admiraron, además de las damas, millones de aficionados. Yo, un pobre iluso, me creí ser el rey por la causa del dinero que manejaba. Pero no fui nadie, sólo una rata de alcantarilla.

En aquella época de gloria y esplendor fui tan pobre que sólo tenía dinero.

¡LIBERTAD ¡

Ahora, despojado de todas las ataduras en que vive la sociedad, no me cansaré de repetir que he logrado mi objetivo: ser feliz. Recuerdo el día en que rompí todos mis documentos; pasaporte, documento de identidad, licencia de conducir, tarjetas de crédito y demás artilugios que me ataban, que me hacían prisionero de la sociedad, en aquel instante sentí una sensación de placer que a nadie se la podré explicar. Era libre, ¡por fin! Creo que pocas gentes podrán gritar a los cuatro vientos lo que yo estoy diciendo: ¡ Libertad ¡ Mi idea por la libertad me la dio un perro. Sí, un animal irracional que conocí en casa de un amigo. Le llamaban Randi. Era, como decía mi amigo, el mejor amigo del hombre. Fui capaz de analizar la vida de aquel perrito y, lo más importante, aplicarme su vida a la mía. Yo me decía, si los perros no trabajan, les dan de comer y son felices, ¿porqué no puedo lograrlo yo? Esta era mi idea y, al final, mi meta. Vivir como un perro, sin tanto cariño por supuesto, pero si libre y solitario. Además, pregunto yo: ¿Qué es vivir? ¿Respirar, si acaso? Vivir es sentir que late tu corazón, que eres útil para la sociedad y que no haces daño a nadie. Y, es ahora, precisamente ahora, cuando siento que vivo. Soy útil para la sociedad, aunque parezca una falacia o que estoy diciendo. Antes, en mi época de ejecutivo, todos me rendían pleitesía por el cargo que ocupaba y, ante todo, por el dinero que derrochaba para comprar a la gente. Ahora, como todo el mundo comprobará, soy un hombre “reclamado” por las gentes, en el peor de los casos, para que los pobres se confiesen conmigo. A mí, lo digo de verdad, me da placer escucharles, pues todos son maravillosos.

LA LLAMADA DEL FISCO.

Ahora, en época de declaraciones de renta en que veo a la gente

alterada y con grandes dosis de mal humor, especialmente los que tiene que pagar al fisco de España, recuerdo mi época de dirigente empresarial. Era la locura. Un equipo de asesores se reunía conmigo para planificar mi declaración. Pero todo se basaba en lo mismo: buscar la forma legal para el fraude y pagar lo menos posible. Yo conocí a los grandes defraudadores dentro de la legalidad. Sabían latín. Claro, por eso les buscaba yo y tanta gente. Tenían, como clientes, la flor y nata de Madrid. Yo no podía ser una excepción. Mis intereses eran tan importantes que necesitaba, como digo, una flota de gentes expertas en estos menesteres. Al final, como siempre, se conseguía la trampa legal y, ¿saben una cosa? Siempre pagaban más los desgraciados, los que no tenían quienes les aconsejara y se escapan de pagar cuanto debían, los poderosos, los que podían pagarse asesores de lujo. Con estos planteamientos de lo que ha sido mi vida, cada instante de mi existencia estoy más contento de saberme libre y vivir en ninguna parte. La calle es mi casa, mi mundo y mi gran espacio abierto. Ahora puedo respirar. Antes, por el contrario, sentía que me ahogaba.

Lo dejé todo, es cierto. En ocasiones tengo una cierta melancolía por lo que habrá sido de mis hijos, no de mi mujer, que sufrió por mí y yo le pagué con todo mi desprecio. Al final, era lógico, acabó odiándome. Si, sí, yo tenía todos los números para ser odiado, tengo que reconocerlo. Pienso y me digo. Seguro que están todos bien. Les dejé una fortuna en dinero. Seguro que lo han sabido administrar. Si así lo han hecho, seguro que nada les faltará. En este aspecto, estoy tranquilo. De lo que tengo la completa seguridad es que nadie me añora. ¡Seguro! Un personaje como yo sólo una persona en el mundo podría añorarle y quererle una madre, aunque la mía murió cuando yo tenía quince años, por tanto, a nadie le puede importar mi vida. Es cierto que el destino así lo dispuso y, quizás haya sido lo más adecuado. A veces lo pienso y digo, ¡Dios mío cuanto hubiera sufrido mi madre al saberme como soy! Porque, para mi madre, a pesar de los pesares, yo hubiera sido siempre, hasta el final de la vida, su hijo querido. Sara, que así se llamaba mi madre, seguro que me hubiera perdonado todo. Es la única persona que me hubiera

dado la absolución a mi desdichada vida. Dios dispuso de ella y se la llevó, seguramente para que no tuviera que sufrir los muchos desasosiegos que su hijo le hubiera dado.

UNA FORMA DE VIDA.

Hoy es un día gris, como tantos de este ingrato mes de mayo. Llueve en Madrid casi a diario. He tenido que echar mano, una vez más, de la ropa de abrigo. Vivimos una primavera fría y desangelada, como la vida misma. Estoy recostado en un portal. Aquí soporto mejor las inclemencias del tiempo. La gente pasa y me mira con estupor. Todos van corriendo. Parece que se les acaba la vida. Todos se han vuelto locos. Yo, sentado encima de mi bolsa de ropa, de mi hatillo de equipaje, resguardándome con los cartones que me sirven de colchón, y con la pena de que éstos se me hayan mojado por la lluvia. Necesito que salga el sol para que seque mis cartones ya que, de lo contrario, en las noches venideras mi cuerpo descansará sobre el frío cemento en el arcén del metro. He dicho lo de la ropa de abrigo y, la verdad, puede sonar a la misma cursilería que tanto platicaba en mi época de dirigente comercial. No, por favor. El abrigo a que me refiero es una vieja manta que me regaló un señor muy cariñoso que pasa casi a diario por esta zona en la cual yo cohabito.

Es casi medio día, la hora del almuerzo y, al echar un vistazo a mi sombrero he quedado perplejo. Veo muchas monedas. Una vez más, sigo siendo rico. Hoy la gente ha sido muy solidaria conmigo. Cada vez que alguien me echa una moneda, por cortesía, por pura educación, les estrecho la mano y les doy las gracias. No, por favor, le he dicho a una señora, no se moleste, ya tengo bastante dinero. Claro que, todos los días, al final de la jornada le entrego todo el dinero a mi Tica adorada, a mi amiga del alma. Ella si necesita del dinero puesto que ejerce la prostitución con la finalidad de mandarles un dinero importante para sus hijos. A mí me sobra casi todo. Poco es lo que necesito. El bocadillo, como he dicho, casi todos los días me lo regalan; y a veces por partida doble. Esta noche

cuando venga Tica se llevará una sorpresa tremenda. No podrá imaginar jamás que le daré toda mi fortuna, la cual asciende a la cantidad de tres mil pesetas. Gracias, pueblo de Madrid por vuestra generosidad, respeto y cariño.

TARDE DE TOROS.

Son las cinco de la tarde. La gente, los taxis circulan a velocidad de vértigo. Es que, según me ha comentado un señor, estamos en plena feria de San Isidro y, esta tarde, el cartel es de lujo. Torean Joselito, Ponce y Rivera Ordóñez. No les conozco para nada. Pero al escuchar lo que me ha dicho este señor, una vez más, me ha venido a mi mente mi época de empresario taurino. ¿Todos los empresarios serán tan cerdos como yo lo era? ¡Pobres toreros! Espero, confío que sujetos de mi especie no existan muchos ya que, de ser así, como decía, ¡pobres toreros del mundo! La verdad es que, por mucho que lo he intentado, no he logrado comprender la fiesta de los toros. Dicen que es una manifestación artística. No lo pongo en duda. Pero es que, lo que yo practiqué con los toros y los toreros me parecía algo tan horrendo que, de continuar esto así y de tener yo el poder ejecutivo correspondiente, abolía de inmediato esta fiesta. Y, seguro que estoy que la fiesta tendrá su belleza, sus ancestrales orígenes artísticos, pero a mi me enseñaron a practicar, como todo cuanto hice en la vida, el lado negro de la fiesta, el lado maldito donde la vida un hombre no vale nada.

MI TICA QUERIDA.

Parecía que se dispersaban las nubes, pero no. El cielo sigue siendo de un gris plomizo que infunde tristeza. Hoy, no se las razones, el día se me está haciendo eterno. Me dijo Tica que hoy vendría pronto para estar conmigo. Ella, como se sabe, suele aparecer por estos lares al caer la tarde, pero como sabe mi dependencia de su amistad, me dijo que vendría pronto para mí.

¡Qué lindo ¡ Soy libre y una persona en el mundo que me ha entregado su limpia amistad. Quiere venir pronto para estar conmigo. Tenemos previsto, desde ayer, que cuando venga nos iremos los dos a rezarle a la virgen de la Almudena. Tica es una muchacha muy creyente. Yo, que sólo creía en el dinero y en el poder, al entablar esta amistad con ella me di cuenta de que, sin fe, sin ilusión y sin creencias religiosas no se puede andar por la vida. Allá, a lo lejos, creo divisarla. Sí. ¡Es ella! Viene bonita, limpia y muy aseada. Tiene que estar linda para todos sus clientes. Y no es que ella se esfuerce en ser limpia por su trabajo, es que es su hábitat natural en su vida. Veo a Tica y soy capaz de pensar, de reflexionar y de entender a la vida y a sus gentes. Yo pensaba, en mi vida de esplendor y de lujuria, que las putas eran eso, putas para dar placer a los hombres. Nunca se me había ocurrido pensar que dentro de aquellos esculturales cuerpos se escondía una mujer con un corazón que les latía como a todos y que, por consiguiente, tendrían anhelos, inquietudes, ilusiones, e incluso capacidad para el amor. Tica, bendita sea ella, me enseñó todo esto. Algún día, además de las monedas que le recojo para sus hijos, como digo, algún día intentaré pagarle todo el amor, la ternura y cuanto me ha regalado de forma desinteresada. Por el momento, estoy en deuda con ella. Durante tantos años de mi existencia queriendo buscar un ser maravilloso al que quería comprar con dinero y, cosas del destino, la vida ha puesto a mi lado, como una gran amiga del alma, a este ser tan maravilloso que me ha dado su amistad y todo su cariño. Soy feliz, en mi mundo y junto a esta mujer. Nunca pude imaginar que dentro de un ser humano hubiera tanta ternura como Tica atesora. Conocí el mundo de la prostitución por dentro y en él se mueven seres humanos, como usted, como yo, que merecen todos los respetos. Yo aprendí a respetar a Tica, y a su profesión, naturalmente. He convivido con esta singular mujer durante mucho tiempo y de ella aprendí grandes lecciones. Me dio su cariño y, sin pretenderlo, también su amor. Soy muy afortunado ya que, un ser como Tica haya reparado en este mendigo anónimo. Me bajé del mundo con la intención de la soledad para mi cuerpo y para mi alma. La amistad de Tica es un regalo que

Dios me ha dado. Tica, mi Tica querida me enseñó el amor y me ayudó para ser una persona creyente, hasta el punto de que un día, un señor me preguntó el motivo por el cual estaba pidiendo limosna y no dudé en responderle: “Si Dios me ha dado este lugar y este trabajo, seguro que no hay nada mejor en el mundo para mí”

MI NOCHE DE AMOR CON TICA.

¿Hola, Luis Miguel? – Me dice Tica al verme.

- Tica de mi alma. Te estaba esperando, ¿sabes? ¿Me das un beso?

Es casi de noche, Luis Miguel. ¿Recuerdas en qué habíamos quedado?

Tenemos que ir a rezarle a la Virgen de la Almudena. ¡Vámonos, por favor. Habíamos quedado así, ¿recuerdas? Cógeme del brazo, por favor, quiero sentirme arropada por ti. Tú, tan señor, tan galán y tan caballero como siempre. ¡Ponte una poquita de colonia! No es de la calidad que antes tu usabas, pero está bien. Tenemos que rezarle mucho a la virgen. Por nosotros y, ante todo, por mis hijos, para que no me falte el trabajo y pueda mandarles el dinero que les hace falta para que estudien y sean unos hombres de provecho.

-¡Guarda esto, Tica ¡ Es todo cuanto he recogido hoy. Creo que son tres mil pesetas. Es todo para ti, yo no necesito nada. Ya me ves, hasta para ser mendigo se necesita una razón. Tú, mi Tica del alma, eres mi razón.

- Mientras paseamos con destino a la Almudena, Tica me sonrío, me da un beso en mi mejilla, se acurruca junto a mí y me susurra al oído algo muy lindo –

- Luis Miguel: lo he decidido, esta noche no voy a trabajar. ¡Mira! Ha oscurecido y sigue lloviendo. Esta noche nos vamos a pasear solitos, como dos tortolitos. Mi alma me pide estar junto a ti. Toda la noche será tuya. Ahora, si me permites, ¿quieres sujetar el paraguas? Así. Muchas gracias. Me gusta que lo hagas. De este modo, yo me acurruco junto a ti y vamos a conocer el Madrid de noche.

Estuvimos un largo rato en la Almudena. Al finalizar nuestras oraciones ya estaba entrada la noche. Complaciendo a Tica nos

fuimos a pasear. Entre tanta gente como existe en Madrid, nosotros fuimos capaces de encontrar la paz para nuestras almas. Es que, juntos, aquella noche creo que sellamos nuestro amor para siempre. Comprendí que me había enamorado de este ser tan genial por una sola razón: Porque teníamos muchas cosas que decirnos. No es lo mismo hacer el amor que estar enamorado. Tica ha hecho el amor con cientos de hombres, pero se enamoró de mí; y yo que ella, naturalmente. Voy paseando con esta bella muchacha mientras la lluvia sigue cayendo. Es hermosa la noche de Madrid. No había cenado – yo casi nunca ceno – y Tica me llevó a un restaurante que conoce muy bien. Allí, algún cliente espléndido la había llevado en alguna ocasión.

¡Vamos a cenar aquí, Luis Miguel ¡

-No tengo hambre, Tica, sólo unos deseos hermosos de estar contigo, de acariciarte, de besarte y de sentirme tuyo.

Si te parece nos tomamos un bocadillo y un refresco y seguimos nuestro rumbo de amor. ¿Me complaces?

-¡Claro que sí, vida mía¡

Complacida mi querida Tica nos fuimos sin rumbo a ninguna parte. Erramos felices. Nuestras miradas lo delataban. Madrid estaba siendo testigo de nuestro inenarrable amor. Con nuestra forma de andar se lo estábamos cantando al mundo. ¡ Nada nos importaba¡ ¡ Erramos dichosos¡ Tengo la certeza de que, de esta singular mujer me cautivó, ante todo, su verbo fácil, su forma tan dicharachera de expresarse. Desde el primer momento vi que Tica decía lo que pensaba. Para ella no existían los remilgos, ni tampoco las falsedades. Ella lo pensaba, te lo decía y, si acaso, un poco más tarde, hasta podías haberte sentido ofendido, quien sabe, pero nunca Tica engañó a nadie. Su torrente de sinceridad era tan elevado que, lo confieso, me cautivó. Rememoro lo que era mi vida anterior en que, lo confieso una vez más, a las putas yo las veía como tales, para uso y disfrute de los cuerpos de los hombres. Si en aquellos momentos alguien me hubiera dicho que podía enamorarme de una puta, seguro que le hubiera matado. Mis prejuicios y mis “moralidades” me impedían pensar, ni siquiera por un instante que

esto hubiera sido posible. Yo era, ante todo, lo repetiré hasta la saciedad, una basura vestida con traje y corbatas muy elegantes. Usaba colonias y perfumes carísimos y, hasta me sentí guapo por aquello de seducir a lindas damas, claro, a cambio de mucho dinero. Es ahora cuando de verdad estoy convencido de que mi Tica del alma me quiere como mendigo, como ser humano; como lo que en verdad soy, un mortal más.

Explicado este pequeño inciso, este pequeño pensamiento en torno a una mujer maravillosa, no tengo recato en decir que, al ir paseando por las calles de este Madrid adorable, en un momento, nuestras almas se pararon, nuestros corazones dejaron de latir y, en este preciso instante, diciéndonoslo todo con nuestras miradas, me abracé, ella se acurrucó junto a mí y, fundidos en un interminable abrazo, acaricié con mis manos sus lindos labios y, sin mediar palabra alguna acerqué mi boca y la besé con todo mi frenesí. Ella, con sus ojos asentía su deseo maravilloso por ver que había logrado lo que tanto tiempo estaba esperando: que la besara un hombre que fuera capaz de amarla. Si era su deseo, su ilusión, lo había conseguido al máximo. No podría decir con certeza todo el tiempo que nuestros labios fueron prisioneros del amor. Apartamos nuestras bocas por que nos faltaba el aire. Respiramos y volvimos a empezar. Quizás la gente nos mirara con escepticismo, no lo sé. Digo que no se nada puesto que ambos estábamos en nuestro cielo particular y, aún rodeados de tantas gentes, estábamos solos disfrutando de nuestro amor. ¡Qué podía importarnos la gente si éramos felices! Abrazados como estábamos, entre susurros y en un incontrolable abrazo, me mira Tica y me dice:

-Luis Miguel de mi alma. ¿Te hago una confesión? ¡Eres el primer hombre en mi vida que me ha besado en la boca? ¡Te lo juro! Por mi cama han pasado, como sabes, cientos de hombres, pero ninguno, créeme, ninguno pudo darse el placer de besar mis labios. Mi boca, como así ha sido, el destino la tenía reservada sólo para ti. ¡Te quiero, Luis Miguel, te quiero con todas mis fuerzas! ¿Sabes que me has extasiado? Nunca podré dejar de quererte, ni podré vivir sin ti. Me cautivó tu historia conforme me la contaste, ¿recuerdas aquel

día en que te hice el amor? Ahora te lo confieso: En aquel momento fuiste, para mí, un cliente que quise obsequiar porque vi que no tenías dinero. Ahora, ya ves, ha pasado el tiempo y has conseguido esclavizarme con tu amor. Dios me tenía reservado un mendigo. ¿Sabes? Mañana, cuando les escriba a mis hijos les diré que me he enamorado del hombre más maravilloso que existe en el mundo y que Dios, en su misericordia le puso de mendigo en Madrid para que yo le conociera y me enamorara de él. Me tienes fascinada, Luis Miguel Tus labios me han dejado atónita. ¿Lo notas? Soy, ahora mismo, la mujer más dichosa del mundo. ¡Me ha besado el hombre al que amo con todo mi frenesí! Mi gozo, Luis Miguel, es inenarrable. Esta noche, como te dije, es todita para ti, vida mía. ¿Nos vamos a mi pensión? ¡Acompáñame! ¡Tengo unas ganas locas de hacer el amor contigo. ¿Quieres tú hacerme el amor?

-Tica, Tica de mis entrañas. Me fascinaste. Me embriagaste. Soy muy feliz. Ahora, en este mundo tan particular en el que vivo en el que tenía claro que mi vida sería circunscrita por la más recóndita soledad. Has llegado tú con tu carga de ternura y me has vuelto loco. ¡Quiero hacerte el amor! ¡Quiero sentirme tuyo, soy tuyo para siempre! ¿Me dejas tus labios para que me extasié de nuevo?. Hummmm, sabes a gloria. No, no me dejes. No té apartes de mí, Estoy feliz. Déjame tus labios para siempre. Te quiero con toda mi alma, Tica. ¡Vámonos, no puedo esperar más! Estoy temblando, Tica, ¿lo notaste? A estas alturas de mi vida he vuelto a sentir la misma emoción de la adolescencia. Recuerdo, Tica amada, la primera vez que estuve con una mujer. Tenía una sensación que, rotundamente, es igual de comparable a lo que me está sucediendo ahora mismo. Pensar que voy a desnudarte y que me entregarás tu cuerpo y todo tu amor, me tienes cautivado. Es muy tarde Tica, ¿cogemos un taxi? Le dije, a lo que ella me respondió con una mirada y lo entendí todo: estábamos muy cerca de su casa, cerca del amor, yo diría que cerca de Dios. Se demoró un poco la llegada ya que, caminar, estando enamorado es lo más lindo del mundo. No llegas nunca al destino, ni tienes ganas por llegar, aunque en nuestro caso deberíamos de morirnos de ganas puesto que, como hemos

dicho, nos esperaba el amor, la dicha, el éxtasis para nuestros cuerpos y la gran satisfacción de nuestras almas. Al abrir la puerta cogí a Tica en mis brazos y, juro que jamás vi unas lágrimas tan lindas como las que ella derramaba mientras le subía hasta la habitación. Era feliz, muy dichosa. Era, ante todo, una felicidad compartida. Allí estaba su cama, el lugar de aposento de lo que había compartido con sus clientes. Aunque, Tica, pronto se apresuró a desmentirme todos mis pensamientos mortecinos. Esta era su cama, la suya particular, la que nunca, hasta hoy, había recibido a un hombre. ¡ Yo era el primero! ¡ Tica me entregaba su amor y su cuerpo tan lindo! Se desnudó despacito, como dice la canción de Luis Miguel el célebre cantante mexicano, despacito, muy despacito. Me quedé atónito contemplado su cuerpo. Bonita, mágica, preciosa, tan linda como una diosa. Inhalaba el humo de mi cigarrillo, la contemplaba y, caí rendido a sus pies. “¿Me haces el amor, Luis Miguel de mi alma?” Me dijo. No tenía palabras. Mi garganta se secó por completo. Estaba de alucinaciones. ¡Era ella, Tica, estaba desnuda y me estaba esperando!

-¡Tengo una sorpresa para ti, Luis Miguel! ¿ Adivinas? Hemos platicado mucho y de diversos temas desde que nos conocemos. Aquella tarde en que hablábamos de nuestras canciones favoritas, como si fuéramos unos jovencitos, ¿recuerdas? Si eres tan amable, ¿quieres conectar el reproductor de CD? Si no te gusta la canción, lo apagas. ¡Prueba, por favor!

-Conecté el aparato y sentí el mayor escalofrío que jamás podía imaginar. Era mi canción favorita, la que me llevaba a la gloria, la melodía más linda del mundo. Era Doménico Modugno y su “Amore Mío”. Estaba extasiado. Mi garganta no podía pronunciar palabra alguna. Tica había conseguido cautivarme en todas sus acciones. Era feliz, muy feliz, el más dichoso de los mortales. Mi alma divagaba, mi corazón no sentía y mi cuerpo templaba. Recuerdo que le dije: Tica, por favor, ¿me concedes este baile? Ella se levantó y, totalmente desnuda como estaba, me abrazó y bailamos con cariño aquella bella canción. En aquel maravilloso baile pude comprobar la tersura hermosa de su piel. Era preciosa. Mis manos se

deslizaban una y otra vez por su espalda, mientras yo sentía la sensación de estar abrazando un ángel. Sus besos a los acordes musicales me transportaban al lugar que yo siempre quise estar: el cielo. Una y otra vez escuchamos aquella canción. Era mi preferida, es cierto, pero luego Tica me confesó que ella, cuando la escuchó por primera vez también quedó maravillada. Es cierto que, los primeros compases de tan linda melodía, interpretados por una sencilla armónica, en ese momento pueden imaginar lo inimaginable. Luego, toda la canción es maravillosa, linda, bellísima. Es, ante todo, un canto al amor que, pocos como Modugno le han sabido cantar. Tras el baile, Tica se sentó en la cama mientras que yo me desnudaba. Yo sentía pudor, escepticismo. Aquella situación me tenía estremecido. Ni yo mismo lo podía entender. Tenía la sensación de que era la primera vez que estaba con una dama. Ella me ayudó a quitarme la camisa, la última prenda que me faltaba por desprenderme. Totalmente desnudos, sentados ambos al borde de la cama, más que de hacer el amor teníamos la dicha de sentirnos juntos y enamorados. En nuestro frenesí, hicimos el amor de inmediato. Era, ante todo, un deseo maravilloso el que nos embriagaba, más luego encendimos un cigarrillo ambos y, comenzamos una larga plática, un lindo diálogo que duró hasta casi el amanecer. Teníamos tantas y tantas cosas que hablarnos. No era una cuestión de sexo lo que nos había llevado hasta la cama. Era grandioso lo que nos había ocurrido. Pocas gentes podrán experimentar la dicha, la tremenda sensación de estar a gusto con una mujer. Me di cuenta de que nos habíamos enamorado como antes he dicho, es cierto, Pero aquel diálogo, desnudos, sólo con palabras y contemplando nuestros respectivos cuerpos, fue algo que nos cautivó a ambos. Erramos felices. Nuestras miradas, cuando nuestros silencios llegaban, lo decían todo. Sus ojos me cautivaron. Su cuerpo era delicioso. Pero sus ojos me llevaron al cenit de mi admiración por Tica. Recuerdo que este acto que para mí había sido siempre un acto de lujuria, por primera vez en mi vida estaba experimentando que podía y debía existir el amor. Ahora he comprendido que, cuando se ama a una mujer no existe nada sucio

ni lujurioso. Todos los actos que estén rociados de amor, todos son bellos. Lo sucio, ruin y absurdo viene dado cuando sólo se busca un placer que previamente has pagado. Tica, en aquella noche tan especial me entregaba, además de su cuerpo, toda su ternura. Hasta altas horas de la madrugada duró nuestra linda plática. Hablamos de lo divino y de lo humano. Le dimos gracias a Dios puesto que, el destino, por fin, había hecho algo positivo a favor de nosotros. Dos seres marginados, por diversas razones y que, en un Madrid tan grande, la vida quiso juntarnos para que palpáramos la felicidad. Erramos conscientes de cuanto nos había ocurrido y queríamos disfrutar de ello. En una de las miradas que nos lanzábamos el uno hacia el otro, Tica me dijo:

-Luis Miguel, ¡dile a Modugno que cante otra vez para nosotros! Ha llegado el momento para que hagamos el amor de nuevo, para satisfacer nuestros cuerpos. ¡Te quiero, Luis Miguel! ¿Lo comprendes? ¿Te lo digo más alto? ¡Nunca había logrado ser feliz y, desde que te conocí suspiraba por este dulce encuentro. Acurrúcate junto a mí, ¡por favor! ¡Abrázame, abrázame, pero muy fuerte! Quiero sentirme tuya, sólo tuya. Así, así, muy fuerte. No té apartes de mí. ¡Estás ardiendo, Luis Miguel! Tu cuerpo desprende un calor maravilloso, es el calor de tu amor ¿verdad? Regálame tu cuerpo, por favor. Hazme tuya, sí, sí, por favor. ¿Me besas? Quiero tus labios ante todo. Déjame que pruebe el sabor de tu lengua, ¡déjame! Sabes a gloria, Luis Miguel. Hummmmm..... No té apartes de mí, querido mío. ¿Me extasías del todo? ¡Te quiero, te necesito, te deseo, te amo por encima de todas las cosas. ¡¡Soy tuya, es todo para ti. ¡Ahora, mi Luis Miguel querido, no quiero saber de barreras, de leyes, de obstáculos, ni de formas de vida. ¡Sólo te quiero a ti, pero con toda mi alma! No somos nada, si acaso dos enamorados, dos seres que han encontrado el camino de la felicidad. ¿Te das cuenta? Me siento muy dichosa. Ni mi profesión te he hecho mella, ni te ha importado con tal de amarme. ¡Qué dichosa soy, Luis Miguel! Todo, absolutamente todo lo hemos superado. ¡Abrázame fuerte, por favor te lo pido! ¡Hazme tuya para siempre! ¡Así, así, así.... hooooooooooooo! ¡¡No me dejes, Luis Miguel, no me dejes nunca, ni

ahora ni nunca. Estoy en la gloria, ¿lo notas? No, no pares con tus jadeos maravillosos, no pares, ¡por favor! por favor! Eres absolutamente genial. Estoy rozando el orgasmo, ¡Dios mío que lindo y que bello me lo haces!

-¡Tica, Tica de mi alma! ¡Estoy en otro mundo. ¡Es indescifrable lo que me está pasando! ¡Soy tuyo, tuyo, tuyo! ¡Soy muy feliz, mucho, mucho! Hice el amor con infinitad de mujeres y, por primera vez en mi vida estoy sintiendo el amor. ¡Ahhhhh... ¡Estoy extasiado, Tica! He tenido el placer que jamás había sentido con una mujer. Soy tuyo, lo seré para el resto de mis días. Estoy acariciando tu cuerpo. Te beso toda. No quedará un lugar de tu cuerpo que no sea acariciado por mis labios. ¡Abre la boca! Quiero tus labios de nuevo para mí. Hummm... ¡Son deliciosos! Tu boca sabe a gloria. No sé si te lo había dicho. ¡Enreda tu lengua junto a la mía. ¡Sabes al mejor de los manjares! ¡Estoy maravillado con tu cuerpo queridita mía. Aquella vez, Dios mío, hice el amor contigo como un cliente más, ¿recuerdas? Ahora, además de tu cuerpo estoy sintiendo todo tu amor, toda tu ternura. Todo, todo te lo debo a ti. ¿Sabes? No me acordaba ya del acto sexual y, ante todo, no conocía lo que era el amor de verdad. Tú, mi Tica querida, me has descubierto estas emociones, estos sentires tan maravillosos. Quizás, quién sabe, algún día pueda pagarte tanto amor, mi querida Tica.

-Tuvimos, lo digo con todo mi cariño, nuestra noche más mágica. Era ya el amanecer cuando repetimos nuestro amor. Los primeros rayos del sol que iluminaban nuestra alcoba, nos hicieron volver en sí. Nuestros cuerpos estaban rotos de tanto amar. Fue bonito. Allí, en nuestro nido de amor, acurrucados, sin ánimos de levantarnos nunca de aquella bendita cama, comenzamos de nuevo nuestra interminable plática. ¡Dame un beso, amor mío! A lo que Tica me regalaba sus divinos labios, su linda boca para saciar mi deseo de amor. Ni ella ni yo teníamos, el más mínimo deseo de marcharnos, de separarnos. Sentíamos ternura en las mismas proporciones. No existía una sola razón para marcharnos. Estaba empezando un nuevo día y queríamos disfrutarlo con la misma intensidad que la noche. Era tiempo de amor.

-Fíjate, Luis Miguel. El día es espléndido. El sol es maravilloso. Se me ocurre una idea, ¿te parece? Nos duchamos, nos arreglamos y nos vamos a pasear. Cuando sea la tarde nos echaremos la siesta. Ahora me siento radiante y gozosa contigo. Quiero que todo el mundo sepa de nuestro amor. El agua de la ducha está fría, sabes. Ven, ven, por favor. Quiero que caiga el agua sobre nuestras cabezas mientras me abrazas. Así, acurrucada contigo me siento muy bien. ¡Qué sensación tan bendita, Luis Miguel! ¿La notas fría? Seguro que no. Yo sólo noto que soy feliz. ¡Sécate, por favor! ¡Toma esta toalla limpia! Péinate muy bien. Tienes un pelo precioso. No te preocupes por la ropa, por favor. Lo importante es el contenido, nunca el continente. Tú, por dentro eres maravilloso. La ropa, ya lo ves, no sirve para mucho. Durante toda la noche no la hemos necesitado, puesto que no será muy importante. ¡Espera, me visto enseguida! ¿Te gusta mi sostén? Es bonito, ¿verdad? Mis braguitas, del color que a ti tanto te gustan. Esta faldita está muy bien, creo que hace juego con esta blusa. Espera, por favor. Me pinto un poco los labios y nos marchamos. ¿Estoy guapa? Sí, ya lo has dicho todo. Tus ojos siguen hablando el mejor lenguaje: el del amor. No digas nada. Lo he comprendido todo. ¡Te quiero, Luis Miguel! ¿Qué me has dado? Me tienes fascinada. Toma este beso. Hoy te comeré a besos. Ya lo verás. Soy tuya, Luis Miguel, pero tuya para siempre. Yo también, no tengo vergüenza en decírtelo, tras tantos años avatares, tantas circunstancias y tantos hombres en mi vida, por fin, gracias a ti, he creído de nuevo en el amor, en tu amor, amado mío.

-La salida de la pensión resultó, para Tica, tan emocionante como cuando entramos. Una vez más, su lindo cuerpo, era izado entre mis brazos para bajarle hasta la calle. Se sentía dichosa. La tomé por la cintura y por las piernas y, en esta posición llegamos hasta la calle. El día era radiante, con la misma claridad que el alma de Tica. Ella, tan contenta y tan dichosa, se agarró de mi brazo, me besó y partimos rumbo a lo “desconocido”. No teníamos meta alguna. Era la dicha de sentirnos juntos lo que nos estremecía. ¡Qué importaba el lugar donde fuéramos! Veíamos a tanta gente y, con toda seguridad, todos, en su angustia, nadie reparaba en la felicidad. Teníamos el

convencimiento que sólo nosotros éramos felices. ¡Allá ellos! Pensábamos en cada instante. Tica me tenía fascinado. Sus miradas, como las de anoche, me hacían sentirme el hombre más admirado de la tierra. No pasaban muchos minutos entre todos los besos que me regalaba. Íbamos derechitos hacia el amor. Porque, amar es, ante todas las cosas, sentirme amado, correspondido en todos tus sentimientos. Yo sentía esas vibraciones que mi Tica querida me regalaba. Ella, lo diré millones de veces, me embriagaba con sus ojos. Su mirada es penetrante. Sus ojos lo dicen todo. Podría estar toda una vida paseando, sin mediar una sola palabra y, en sus ojos, escuchar el más lindo diálogo de su alma. Tras un largo rato de caminata decidimos “anclar” en un lugar paradisíaco de Madrid, el Parque del Retiro. Este parque que Tica tan bien conoce es un gran pulmón para esta fantástica ciudad, plagada de coches y de vehículos de toda índole. Los más íntimos del lugar le llaman a dicho parque, “El Parque del Amor”. Dicen que el nombre le viene por la sencilla razón de que, allí, casi a todas las horas del día y de la noche, siempre hay parejas de enamorados viviendo su más grande amor. Lo pudimos comprobar de inmediato. Nos sentamos debajo de un árbol, en uno de los múltiples bancos de madera y, en derredor nuestro, todo eran parejas de seres que se amaban. Allí, en tan lindo lugar, parecía que nos habíamos transportado de ciudad. Fuera, en la calle, el bullicio es ensordecedor y, en un instante, cuando estás dentro de tan fastuoso recinto, parece que has entrado en otro mundo. Sus árboles, sus plantas, su lago y todo su espacio verde, conforman una sensación de paz y armonía, difícilmente explicable. Estuvimos allí durante todo el día, hasta el atardecer. Como dos tortolitos enamorados, lógicamente, como es costumbre, nos paseamos en una de las barquitas. Estuvimos un largo rato remando y, al cerrar los ojos, nos sentíamos cual gondoleros de Venecia en sus grandes canales. Ninguno de los dos sentíamos hambre. Nuestros cuerpos sólo pensaban en amarse. Nuestras almas estaban saciadas. Estaba anocheciendo y, mi Tica, mi entrañable Tica de mi alma, tenía que volver a su trabajo; y yo, al mío, por muy metafórico que nos pueda sonar. Decidimos marcharnos, no sin antes, en pleno

parque, rodeados de la madre naturaleza, sellamos nuestro amor con un interminable beso en nuestros labios. Erramos felices. No podíamos negarlo. Tampoco existía una sola razón para negarlo. Acompañé a Tica hasta su lugar de costumbre, mientras que yo me quedaba, como siempre, muy cerquita de la boca del metro, mi “casa natural de cada día. ¡Hasta mañana, Luis Miguel de mi vida ¡ Me dijo al dejarme. ¡Hasta mañana, Tica de mi amor.

¡POBRES ACTORES DEL MUNDO¡

Recuerdo una vez en que Antonio Gala dijo que nadie es protagonistas de la historia, puesto que la estamos viviendo y se nos escapa de entre las manos. Creo que llevaba toda la razón tan gran poeta. Ahora, por fin, yo he conseguido ser un gran espectador de la vida, razón evidente que me permite analizar, observar, ver y opinar incluso de tantas y tantas cosas que antaño se me pasaban desapercibidas. Vivir dentro del mundo, de su protagonismo, conlleva implícitos demasiados argumentos que te impiden ser feliz. Yo he palpado este sentimiento, por ello supe apearme de la vida. Y no me arrepiento de nada. No tengo prejuicios como antaño. Ahora, gracias a Tica, si acaso, sólo añoro el amor. Tampoco es añoranza puesto que lo tengo. Es, ante todo, el deseo de estar con un ser bueno, como ella la es. Del resto del mundo, en honor a la verdad, no me importa nada. Soy, como digo, el gran espectador de todo cuanto ocurre en derredor y me sobra capacidad para el análisis y la valoración. A diario veo a miles y miles de personas y tengo la seguridad que nadie es feliz. Lo denotan en sus rostros. El ver las caras de desesperación es algo que me trae viejos recuerdos. Cuando uno vive pendiente de tantas cosas, como era mi caso, es imposible ser feliz. Ni lo era yo, ni creo que nadie lo consiga. La gente vive prisionera de su mundo. Así, la felicidad, será algo inalcanzable. Todos creemos, yo fui el primero, que la felicidad total la proporciona el dinero, un elevado estatus social. Todo esto es mentira. Y no lo digo para saciar la vanidad de los pobres. Los ricos, casi ninguno es feliz. Anhelan lo inalcanzable y sufren por

cuestiones triviales, baladíes. Casi siempre identificamos la felicidad con el grado de cultura o de ciencia que atesore un ser humano. Nada es cierto. Nada es del color que lo estamos viendo. Siempre hay un trasfondo. Es triste, pero es así.

MI ADMIRADA SILVIA.

Pensaba, lo juro, que nada de este mundo lograría impresionarme y, reconozco mi error. De vez en cuando, quizás una vez por semana, pasa por esta calle una señora admirable que, tras contarme algunos pasajes de su vida, me dejó atónito. Nunca pensé que pudiera haber personas tan magníficas, tan abnegadas para soportar el dolor como Silvia lo soporta. Silvia, con su sonrisa permanente, con su acento argentino puesto que nació en aquel bello país, muy cerquita de Buenos Aires, la tierra del inolvidable Carlitos Gardel. Ella pasa, me saluda y, la pena es que no dispone de tiempo; algunos minutos me regala, seguramente, para mostrarme su cariño. Hay días en que, Silvia, me quiere dar una monedas, algo que le impido puesto que ella necesita de todo lo que gana y mucho más. Sin embargo, en lo que a mí respecta, en muchas ocasiones, a una de sus hijas le he dado mis “ganancias” para que puedan ayudar a su hijita desvalida. Silvia Belaúnde, con seis hijos que alimentar se vino a España con su esposo, vendiendo todo lo que tenían, solamente, con la ilusión de poder encontrar, en España, los medios que allí no tenían para poder ayudar a tu hija tetrapléjica, caminando, de por vida, en una silla de ruedas. La muchacha, víctima de un accidente de moto puesto que fue atropellada, quedó inválida para siempre. Silvia, su madre, me contaba la de peripecias que han tenido que soportar durante los siete años que lleva la muchacha inválida. Yo, el que pretendía ser insensible para purgar las penas por todo lo que hice y llevé a cabo, al ver a Silvia, al conocer su historia, me quedo atónito. Silvia, con sus acciones, ha demostrado lo que una madre puede hacer por un hijo. Su cautiverio particular que le impide todo tipo de distracciones, de fiestas, de algarabías propias de las gentes, a pesar de todo, es feliz. Se pasa el día dándole gracias a Dios puesto

que, su hija, aunque inválida, está viva.

Casos como el de Silvia y su hija me hacen recordar que soy feliz, que tengo salud y que no me falta de “nada”. Desde fuera, los demás, seguramente, en sus envidias y ambiciones tan particulares podrán pensar que me falta todo. Todos yerran. No me falta de nada puesto que, a pesar de mil maldades, tengo salud, el bien más codiciado en este mundo. Silvia me lo decía: “Yo daría mi vida porque me hija volviera a andar”

Me invitó Silvia a su casa para que conociera a su hijita y, ante su ruego, no dudé en acudir a su invitación. Me dolía saberla de este modo que he contado pero, su adorada madre, me pedía con insistencia que acudiera a su casa. Allí fui. En aquella casa, donde todos veríamos el dolor y el horror, allí reina la alegría desbordante. Dios, que duda cabe, les ha dado a todos una fuerza inimaginable. Entré en la casa pensando en el dolor tan tremendo que allí podía existir y, reconozco que me marché sonriente. Silvia, la gran madre de Julieta es la que hace el milagro a cada minuto de su vida. La muchacha, postradita en el sillón, con las manitas como rotas, con la mirada perdida, con un cabello lindo, con una belleza angelical, sin apenas esbozar palabra alguna, me saludó en su forma tan particular. Ella sabía que alguien nuevo había acudido a verla. Movié tenuemente la cabecita, como dando las gracias por la visita. La escena, vista con los ojos de la “calle” podía parecer de lo más horrenda, de lo más dramática. Pero, ¡ay, amigo, lo que puede hacer el amor de una madre! Tengo la seguridad de que, cuando yo entré en aquella casa, Dios, recién había salido. Yo diría más: Dios vive allí dentro, con esta familia singular, maravillosa y que tantas lecciones nos puede dar a diario.

Casos como el que he comentado, porque así lo vi, seguramente, en la vida existirán muchos, más de los que quisiéramos. Pero tengo claro que, el ejemplo, la abnegación de Silvia, su voluntad, su amor por su hija en todo lo que hace, dudo que existan muchos casos similares. Vivir con la tragedia y regalar sonrisas con una alegría permanente, ello es patrimonio de seres muy excepcionales. Me marché de aquella casa pensando que soy el más rico del mundo.

Sólo, de todo cuanto vi y comprobé, la frase Silvia cuando me marchaba me dejó muy triste. “QUE SERA DE MI HIJA EL DIA QUE YO ME MUERA”

LA DOCTORA LAURA.

Recuerdo una vez en que me internaron en un gran hospital de Madrid para operarme de apendicitis. Estuve siete días en aquel recinto sanitario y entablé amistad con una doctora maravillosa. Era una muchacha locuaz, muy agradable, de trato exquisito y de una sinceridad aplastante. Me contó cosas realmente espantosas que vienen a demostrar lo de la infelicidad que yo hablaba. El padre de Laura, que así era el nombre de la doctora, según ella, un afamado doctor en cirugía cardiovascular, al llegar a casa se volvía loco. Si por cualquier razón, por ejemplo, la cena no estaba servida en el momento de su llegada, la emprendía a palos con Laura, con su madre, con sus hermanas y hasta con la chica del servicio. “Mi padre, Luis Miguel, es un gran sádico. Todo un doctor de reconocido prestigio, de admiración por su labor en aras de sus pacientes, pero un tipo mal nacido.” He contado este ejemplo y podría contar miles, pero todos para demostrar que lamentablemente, la felicidad no existe, que es, casi siempre, todo, pura fachada, sepulcros blanqueados. La gente suele fingir. Yo creo que no les queda otra alternativa, otro remedio. Aparentar ser feliz es algo que quizás se hace para dar envidia a los demás. Esta debe ser la filosofía. Hacer ver a los demás aquello que sabemos que es imposible. Todos tenemos dentro de nuestro cuerpo un gran prestigiador. Todos sacamos de la chistera el conejo de la suerte. Ni existe el conejo ni la chistera. Es todo irreal. Es toda mentira. Laura me hizo ver, con su ejemplo, lo que puede ser la vida de un señor al que todo el mundo admira. ¿Hacia dónde caminamos? Nadie lo sabe. Yo sí, yo sí lo supe, por eso me apeé de este mundo en el que comprendí que el dinero nunca me otorgó la patente de la felicidad. Es curioso que, desde esta esquina de Madrid en donde me “gano” la vida, las

gentes, a diario, suelen venir y contarme sus penas. Al final de cada jornada, hay días en que me siento un confesor, si acaso un predicador por todo cuanto tengo que escuchar y platicar al mismo tiempo. Jóvenes y viejos. Jovencitas y maduras. Drogadictos, heterosexuales, maricones, lesbianas y ninfómanas, todos y todas, en algún momento se me acercan para contarme sus cuitas, sus problemas e ilusiones. Estoy extasiado. Al principio de mi carrera pensaba que podía despertar el sentimiento de la lástima y, cosas del destino, soy la admiración, la envidia de todos cuantos me hablan. Tengo claro, rotundamente claro que soy admirado. Soy el espectador de todo cuanto les ocurre a todos ellos, a tantos seres infelices que han poblado el mundo.

JAZMIRA.

Pasa por esta zona, a diario, una muchacha llamada Jazmira, me dice que es mexicana, que ha terminado su licenciatura y que se ha venido a España a trabajar puesto que, allí, en su México conoció a un torero español que, según ella, lo tiene en el bote. Jazmira no tiene pudor en confesarme que ama a dicho torero – como no me gustan los toros ni le pregunté por él individuo – y, a su vez, me dice que tiene novio en su México lindo. Ahora, estamos en pleno mes de mayo, ha venido también el novio de Jazmira y, la chamaca, no tiene recato ni pudor en confesarme que, su gran pasión es tirarse al torero y a su novio. Lo que se me olvidó preguntarle es si esta “operación” la hace de forma individual o a trío. Jazmira, que me confiesa no ser puta, se siente feliz en la cama con el torero, con su novio o con el primer taxista que pase. Es, como estamos viendo, la ilógica del destino, de sus propias gentes. Es posible que la buena de Jazmira pensara que yo le podría dar la bendición a su vida. Yo, simple espectador de todo cuanto ella pueda hacer con su cuerpo, no puede ni inmutarme. He dicho en más de una ocasión que la humanidad está perdiendo los valores de ética, de gusto y de discreción que debe adornar la vida de todo ser humano. Lo que siento por Jazmira es una pena tremenda. Una muchacha tan joven y que ya tenga

desordenada su vida. Entiendo que la gente se enamore, comprendo que por amor se hagan las locuras más inconcebibles, pero que por el puto sexo se pierda el honor, ello es un gran despropósito en la vida de una chamaca tan joven e inexperta. Claro que, la sinceridad de las gentes de hoy en día, son un valor en alza. Jazmira podía haberse ahorrado la molestia de contarme sus vaivenes amorosos. Ella, como digo, quizás querría que yo le bendijera el disfrute de su cuerpo con el torero. ¡Pobrecita! La variedad de las gentes en este mundo es de tan grande que, cualquier cosa, por rara que parezca, siempre ha sido llevada a la práctica. Jazmira es un vivo retrato de cuanto explico. Desde pequeño me enseñaron que toda aquella mujer que se acuesta con muchos hombres se le califica como puta, claro está. Es la definición normal para dicho menester. Mi Tica adorada es puta, pero yo la quiero con desenfrenado amor. Jazmira, por el contrario, se quiere esconder de sí misma. En todas las veces que pude platicar con ella, y es casi a diario, le he dicho que no tiene que esconderse de nada, que puede ser muy puta y ser, a su vez, una buena persona. Claro que, habría que matizar mucho las cosas. Tica, como he dicho, se dedicó a la prostitución por culpa de un marido canalla y por querer sacar hacia delante a sus dos hijitos. Jazmira, por el contrario, quiere ser puta porque su cuerpo le pide guerra. Allá cada cual con su cuerpo.

QUERIDA SHEILA.

Dije una vez que ya no me quedaba capacidad para la sorpresa y, tengo que reconocer que estaba equivocado. Vino a verme hace unos días una chiquita, estudiante de derecho, y me contó sus penas. Claro, la gente me sabe feliz y quieren amargarme la vida. Mi escepticismo está a unos niveles que, por mucho que me quieran contar, juro que les escucho a todos, por educación, pero nada me podrá hacer mella. Yo vivo en otro mundo. Estoy, al otro lado de la trinchera de la vida. Si a todos les consuela platicarme, les entiendo. ¡Si ellos supieran! Nadie me podrá apejar ya de este estado escéptico de la vida. A mí me gustaría explicarles a las gentes que, todos sus

males, sus ambiciones, sus miserias y sus desdichas, todas tienen un denominador común: EL DINERO. Yo, al tener superada esta meta, por eso soy feliz. Es una realidad implacable, es cierto. Pero no lo puedo explicar; ni tampoco lo pretendo. Respeto a la vida, respeto a sus gentes. Todo me sobra. Mi vida es un canon que he querido pagar con sumo gusto. Hay días en que, como relataba, soy el más rico del mundo al ver tanta moneda en mi sombrero. Como dije, los niños de Tica tienen la suerte de ser los receptores de mi "capital" que recojo a diario, gracias a la buena voluntad de las gentes madrileñas. Decía lo de la chiquita que vino a verme contándome sus miserias. Todo el mundo me cuenta sus penas. Soy el receptor de las desdichas del mundo. Me platicaba Sheila lo que habían sido sus notas de fin de curso. "Son unos cabrones los profesores. He estudiado con denuedo, con pasión por lograr el objetivo y, ¡mira, mira cómo me han evaluado! He sido una víctima de estos tipos amargados que, como se sabe, la pagan con nosotros. En vez de poner los cinco sentidos en un menester tan trascendental como es evaluar la labor de una persona que ha luchado, alguno de ellos, borracho ya por las mañanas, por tanto sin capacidad para desempeñar su trabajo con altura de miras, valoran a su antojo, aún a sabiendas que caeremos muchos inocentes. Yo he sido una víctima de este hijo de puta." Por lo que veo, la sociedad no ha cambiado en nada desde cuando yo vivía en el mundo. Todo sigue igual. Intereses absurdos, errores premeditados, tipos altaneros, toreros conquistadores de mexicanas, gentes desquiciadas en todos los niveles y, por ende, la infelicidad como norma. Según me decía Sheila, el profesor que la suspendió vive una vida de lo más azarosa. Este pobre hombre, no tiene otro calificativo, se encontró un día a su esposa junto con otro hombre en su misma cama. Los motivos del adulterio de su esposa se debían, según cuentan, a que el tipo llegaba borracho a casa casi a diario. Ella, al no soportar tanto dolor decidió darle su merecido con otro hombre. Es, como digo, la vida interior de cada cual, sus miserias que, arrastradas por el mundo, hacen mucho daño. Sheila ha sido una víctima de un tipo siniestro de la sociedad. Y, seguro estoy, que el profesor y su esposa,

en las reuniones de amigos aparentaban ser felices. Creo que, a medida que voy relatando estos capítulos de mis acontecimientos, quienes me lean comprenderán para siempre el motivo de mi felicidad. No soy la víctima ni el verdugo de nadie. Fui verdugo, es cierto, motivo por el cual estoy muy arrepentido. Por eso estoy aquí. Pero que nadie piense que soy la víctima. Soy el más feliz de los mortales. Para completar mi dicha, ya lo sabe todo el mundo, Tica me regaló su amor, su cuerpo, sus lindos labios y todo su ser.

ATENTADO EN MADRID.

En estos momentos en que rememoro los pasajes más intensos de mi vida, de la pasada y de la actual, me viene a la mente el día que tuve que ser espectador, ¡a la fuerza ¡ del atentado a un célebre político. Los políticos, como dije, no son mi devoción. Yo los compraba como si de caramelos se tratara, de ahí mi falta de sensibilidad hacia ellos. Pero de ningún modo atentaría contra ellos; ni contra ellos ni contra nadie. La vida de un hombre debe de valer más que nada en el mundo. No entenderé nunca que pueda existir una idea, una causa por la que luchar y que haya que sacrificar a seres humanos. Dicho esto diré que, un día, no recuerdo exactamente la fecha, a mitad de la mañana, a unos cincuenta metros de mi lugar de “labor”, se originó una explosión monumental que creo se oyó en todo Madrid. Yo me quedé sordo por algunas horas. Cierro los ojos y sigo oyendo el chasquido de vidrios rotos, de cristales esparcidos por toda la calle. Decenas de coches quedaron dañados por la metralla de la bomba. Decenas de personas heridas y, el móvil del destino, a Dios gracias, pasó por este lugar tres segundos antes de lo previsto. Desde luego, si llegan a ajustar la explosión con el cálculo milimétrico que lo suele hacer, la carnicería hubiera sido épica. Así, por este error, el caos se resolvió con muchos heridos, algunos de cierta gravedad, e innumerables daños materiales. El día, dicho en tono sarcástico, resultó de lo más “divertido”. Ambulancias, policías en tropel y todo el barullo inimaginable ante una situación de estas características. Algo

increíble. Muy parecido a lo que veíamos en las películas de James Bond, pero en esta ocasión con toda la realidad y crudeza que nunca podíamos imaginar. Dantesco lo que vieron mis ojos. Creo que me salvé al estar en el quicio de la puerta, de haber estado en el centro de la calle, yo hubiera sido un cadáver en vez de un mendigo. Dios está siempre conmigo. El hecho de salvarme de este atentado es una prueba de cuanto digo. Ni un solo rasguño. Me quedó, eso sí, el horror de lo que contemplaron mis retinas. Pasados muchos meses, siguen retumbando en mis oídos los tremendos chasquidos de semejante hecatombe producida por el hombre. El instinto criminal de algunos seres humanos sigue vigente. ¡Qué pena ¡

ESO QUE LLAMAN INTERNET.

Me quieren poner al día de los acontecimientos de cuanto ocurre en la sociedad. Yo me niego. No quiero saber nada. Según cuentan, los avances de la técnica son tremendamente escalofriantes. Uno de los viandantes habituales de estas calle me platicó el otro día en torno a una cosa le llaman Internet. ¡Cómo si a mí me interesara todo esto ¡ No, no quieren comprender que yo estoy apartado de la vida y me quieren amargar contándome los inventos del hombre. Yo me quedé, a la hora de escribir, con el rotulador, como lo hago ahora. Es cierto que en mis empresas teníamos toda clase de chismes a los que llaman ordenadores. Aparatos que manejaban mis secretarias, pero que nunca me interesó su manejo, por tanto, para mí, como si no existieran. La humanidad no quiere darse cuenta que la técnica es eso, técnica, frialdad y máquinas. A mí la técnica no me interesa para nada. Yo prefiero las dosis de humanidad que doy y puedo recibir. ¡Internet ¡ ¿Qué es eso? Seguro que es un invento macabro más del hombre. Me contaba este chico que, a través de este sistema, las gentes se escriben y, en un segundo es recibida la carta en cualquier lugar del mundo. ¡Por Dios ¡ Ya no queda magia, la magia y el encanto que tenía una carta al ser escrita y, por encima de todo, al que la recibía. Ahora, con la frialdad de una máquina la gente se escribe. ¿Y donde está el encanto? Las cartas tienen que ser

documentos físicos, de papel, escritos con bolígrafo o pluma, si acaso con rotulador, como hago yo, pero no se le puede decir TE QUIERO a una mujer a través de una máquina. Debe ser horrible. Cuando agradezco, cada día más, haberme bajado del mundo. Los que siguen los parámetros de esta sociedad inventada para el consumismo deben de haber enloquecidos todos, pero todos. Y, en el colmo de la locura, este chico que no recuerdo su nombre, hasta se atrevió a decirme que ha habido gentes que se han enamorado, hombres y mujeres, a través de estas máquinas que dicen estar conectadas a Internet. Yo temía que el mundo iba a terminar de mala manera, pero no le creía que ocurriría tan pronto. ¡Es el final ¡ ¡ Qué la gente se enamora a través de una máquina ¡ Calla, le dije al chico. ¡Si continúas con este tipo de relatos el que voy a enloquecer seré yo. ¿Habrá gente tan sumamente loca que pueda regalar sentimientos frente a un ordenador, como este chico me decía? Todo tiene cabida en la sociedad actual. Todo esto que me contó este muchacho me sonaba a cuento chino, claro está. Es como si yo mañana me enamorara de la luna. ¿Cómo conseguiría su amor? Bueno. La gran verdad es que me temo que todo cuanto me contara el muchacho, nada debe ser verdad. Quiero pensar que ha querido vacilarme por mi condición de mendigo. No le hago caso. Es más, hasta le perdono. Igual ha visto muchas películas de ciencia-ficción y ha querido venderme a mí la moto. La gente, como sabemos, suele tener mucha imaginación. De ahí, a base de grandes dosis imaginativas de los productores, guionistas y directores, han nacido todas las películas fantásticas. Desde luego, al referido muchacho, fantasía no le faltaba. ¡Qué la gente se enamora a través de una máquina ¡ No quiero ni pensarlo¡ Cada día hay mas locos sueltos.

YO, EL GRAN ESPECTADOR DE LA VIDA.

Yo soy, como en verdad se percibe, el gran contertuliano del mundo. Todas las gentes me quieren contar sus penas, sus grandezas y sus miserias. Como dije con anterioridad, soy la envidia del mundo. Lo lamento por el mundo, por todas sus gentes. Y digo que

lo lamento puesto que, en honor a la verdad, he conocido gentes maravillosas que no deberían penar cuanto la vida les está castigando. Ahora soy, si se me permite decirlo a viva voz, uno de los pocos espectadores de la vida. Quisiera hacer una paráfrasis entre la vida y la escena; entre actuar, fingir y ser lo que no eres; Algo que está muy bien y queda perfecto en el mundo del teatro. Sin embargo, a diario, en la vida se dan cita miles, millones de actores que, todos fingen. Se han cambiado los papeles. En el teatro, unos pocos son los actores. En la vida, casi todos son actores y, espectadores, quedamos muy pocos. Yo tengo la fortuna de ser espectador, de contemplar esa tragicomedia que la vida. Y me apenas. Es la verdad. Me apenas al ver la tristeza de la gente. En su actuación a diario, todos creen, cuanto menos lo fingen, ser felices. Es mentira. Yo también fui actor en la vida, por eso hablo con conocimiento de causa. En este estrado de espectador, toda la felicidad es mía, toda la me la llevo yo. Me aterra la idea de ver que las gentes, en su círculo, en su mundo tan particular, en su reducto tan íntimo, todos hacen lo mismo cada día. Por esta razón, la gente enloquece, se quita la vida y acaban todos hastiados de su propia existencia. Es duro, muy duro, luchar a diario por la ambición del dinero ó, por lo menos, para conseguir el necesario para poder subsistir. La gente vive esclava de sus propias miserias. Todos ambicionan – yo era el primero – la posesión de tantas y tantas cosas de tipo material que, el consumismo, ha logrado el cautiverio de la humanidad. Vivir, yo lo he experimentado, es de lo más sencillo y lo más simple del mundo. Apenas necesita uno absolutamente nada. Comer, el bocadillo, te lo entrega cualquiera. Siendo así, es imposible que uno pueda morir de hambre. Esta filosofía de la vida que es tan sencilla, sólo la hemos logrado unos pocos, un reducto de gentes que, a Dios gracias, hemos sido muy afortunados. Nuestra fortuna estriba en que Dios nos iluminó para ser capaces de bajarnos del mundo y, palpar la felicidad con nuestras manos. Según me cuenta, ahora, la enfermedad que está en boga es la depresión. La gente se deprime por su propia existencia. Todos quieren alcanzar lo inalcanzable. Siguen empeñados en querer vaciar el lago

con el tenedor. Utopía verdadera las ilusiones de la humanidad. Todos quieren más, y más y mucho más. ¿El resultado? La depresión y la esquizofrenia. Y lo digo con conocimiento de causa. En mi época de líder empresarial sólo veía balances y cuentas de resultados. Cuando éstas no arrojaban las cifras por mí apetecidas, yo, cual vulgar canalla, arremetía contra mis subordinados más inmediatos. En más de una ocasión me vi al borde del precipicio. También fui preso de las depresiones y, si me descuido y sigo en mi hábitat, la esquizofrenia se hubiera apoderado de mí. Alguien me iluminó, rectifiqué a tiempo y, ¡aquí estoy, cantando espero a la muerte! Si tengo que decir que, de todos cuantos compañeros conozco, nadie, absolutamente nadie está triste. Todas las caras son de alegría, de resplandor y, quizás, de venganza por lo anteriormente penado. Llevo algunos años ya en este menester tan maravilloso y, lo juro, jamás me he sentido enfermo, jamás me deprimí y, como compañera, siempre tengo una sonrisa a flor de piel. Ya ven, una sonrisa, algo tan sencillo, tan lindo a la vez y que, la humanidad, en ocasiones, tanto le cuesta esbozar. La bohemia que tanto anhelé, la disfruto ahora como nunca podía haber imaginado. En este estrado de mero espectador, hasta tengo derecho a sentirme artista. ¡Sí! Soy artista. Si el arte es sinónimo de lo realmente diferente por lo que la sociedad hace a diario, yo tengo derecho a comulgar con el arte.

No contento con tener toda la felicidad, toda la dicha del mundo para mi solo, como anteriormente dijera, hasta disfruto del amor. Yo sabía que la felicidad era sencilla de conseguir. Ser feliz es abandonarlo todo, pensar que nada te hace falta y dejar de luchar de forma inútil. De este modo, con estos planteamientos, ser feliz es algo muy sencillo. Yo y muy pocos más lo hemos conseguido. Yo tuve, como tantas veces he dicho, todo el dinero del mundo. Lo que se podía conseguir con billetes era poseído por mí. Claro, yo era tan pobre que sólo tenía cosas materiales, cosas que, a fin de cuentas, eran tan baratas que sólo valían dinero. Con tanta riqueza, tanto estatus social y tanta pleitesía como me rendían, nunca conocí el amor. Tengo que reconocerlo. Y, amar, era algo que ya lo tenía desestimado. Quería ser feliz y, si además hubiera pretendido el

amor, mis anhelos parecerían banales. Pero, una vez más, la vida me ha demostrado que, el destino es algo que está ahí, que nadie lo puede predecir y que, por consiguiente, en el lugar más recóndito del mundo, aparece el amor. Nunca pude pensar que en mi vida aparecería Tica, la persona, la mujer más deliciosa que Dios ha puesto sobre la tierra. Recuerdo la primera vez que la vi y, al ver a qué se dedicaba a la prostitución de su cuerpo, lo juro, lo vi aquello como algo muy normal. Bastantes años atrás, yo, como todos, hubiera dicho: ¡Vaya, una puta más! Sin parar a pensar nada. ¡Eso, eso hubiera dicho. ¡Este sentir demuestra que vivimos equivocados. Etiquetamos a las gentes a nuestro gusto, a nuestro perfecto antojo, pero somos incapaces de analizar los motivos. Tica, mi Tica, amada, los tenía. ¡Y qué motivos! Como explico, catalogamos a las gentes por su profesión y somos incapaces de profundizar en el alma de nuestros semejantes. ¿Y usted porque es bombero? ¿Se lo ha preguntado alguna vez? Somos lo que somos, si acaso por que la vida, en su corriente, nos arrastra a un lugar determinado. ¿En verdad hace usted lo que realmente ama? Si es así, puede alzar el dedo índice. Vamos a premiarle. ¡Usted merece un premio!

MI MADRE.

Es un 18 de junio y en este día, lo confieso, me ha invadido la tristeza. Se agolpan en mi mente unos recuerdos que me hieren el alma. He sido de todo en la vida, es cierto. Pero, para mis adentros, en mi interior, he sabido sufrir como el que más. Hasta el más grande de los canallas de este mundo, en un momento determinado es capaz de sentir una pena, de tener un escalofrío en su corazón. Es hoy el aniversario de

La muerte de mi madre, aquella señora que se llamaba Sara, la que me quiso con locura y a lo que yo, de chico, tanto amé. Recuerdo que se esforzó, hasta el día de su muerte, en que yo tuviera todo lo mejor. Recuerdo que trabajaba mucho con la finalidad de que yo pudiera estudiar. Ella, Sara, me puso, me quería poner en el camino de la bondad y, tras su muerte, cual oveja descarriada, no

escuché sus consejos y, a pesar de terminar mis estudios, como le prometí en el lecho de muerte, luego, no fui lo que mi madre anhelaba. No le hice caso y me abalancé a un mundo que, erróneamente, yo pensaba que podía encontrar la felicidad. Como explico. Estaba equivocado. Viví, como dije, una vida de locos, de desenfrenos y pasiones. Ahora, al añorar a mi madre, siento una culpa interna. ¡Cuánto hubiera sufrido si me hubiera visto actuar en este mundo! Seguro que, Dios, en su bondad infinita se la llevó para que no sufriera al ver a su hijo totalmente descarriado. En este día de su aniversario, le he pedido una flor a la florista que tiene su puesto de venta cerquita de mí. Me ha regalado una rosa blanca, la he besado y la he lanzado al infinito en señal de respeto hacia aquella entrañable Sara de mi vida que, ante todo, era mi madre. Si ahora regresara a la tierra y me viera, seguro estoy que me aplaudiría. Y, ante todo, se sentiría orgullosa de que su Luis Miguel supo pedir perdón y perdonarse a sí mismo. Ahora, bajo la perspectiva de lo que son estos recuerdos entrañables de aquella mujer tan maravillosa, tengo la seguridad de que, de no haber muerto ella, por ella, por el respeto que le profesé, tengo la convicción de que no me hubiera adentrado en aquel mundo asqueroso y maldito. Yo era, ya lo dije, una oveja descarriada y, claro, opté por el mundo fácil; pero cobarde y mezquino. Era, ante todo, el mundo en donde la perversión era la norma habitual. Ahora, ya ven, es este ejercicio de humildad, mi madre, de estar entre nosotros, seguro que me hubiera perdonado y, ¿quién sabe? Hasta me podría admirar por mi sincera forma de ser y de entender la vida. En esta amalgama de recuerdos de lo que ha sido mi vida, Sara, mi madre, de haber conocido a Tica seguro que también la hubiera amado como yo la quiero. Mi madre quedaba fascinada siempre cuando se encontraba con un ser bueno y, Tica, por encima de todo, es una mujer excepcional. Está anocheciendo en este caluroso día de junio en que, lo juro, tenía unas ganas enormes, unos deseos terribles de “arrancar” esta hoja del calendario. Todos los años, al llegar este día, siento que me derrumbo. Me invade una pena que no acierto a descifrar. Y maldigo todos estos años de gloria en que, como me dijo Tica, yo era un gran

hijo de Satanás, hasta el extremo de que, durante doce años de mi vida, el 18 de junio pasó inadvertido para mí. Luego, retorné al origen de mis sentimientos, a lo que debe ser la vida de un hombre con relación a su alma y, abriendo las puertas de mi corazón, en mis soledades, he sabido recordar aquellas cosas hermosas que jamás debería de haber olvidado. Se acaba el día y, antes de irme a mi “hotel” particular para dormir, una oración y un recuerdo eterno con esta mirada hacia el cielo, son mi homenaje hacia Sara, aquella singular mujer que me tuvo de sus entrañas.

LUCIANO.

Creo haber dicho que soy el gran confesor del “mundo”. Todos los hombres y mujeres que he conocido, de alguna manera, no comprendo las razones, ellos dicen que porque me admiran, todos se sienten felices platicándome. Mi círculo de “amistades” también son siempre las mismas. En Madrid, donde vivo, a pesar de ser una urbe de proporciones fantásticas, en el fondo, todos, de alguna manera, somos gente de barrio. Yo, apenas me muevo del lugar donde “trabajo”, por ende, las caras que veo, casi siempre son las mismas, cuanto menos, las de las personas con que trato a diario. Hace unos días vino a “verme” un chico llamado Luciano, es homosexual y artista. Luciano vive en la zona y, le conozco ya varios años. En honor a la verdad, Tica ya me había platicado sobre él. Habíamos tenido algunos encuentros, breves, es verdad. Pero yo ya sabía de su vida y milagros. Sabía que vivía del arte. Era pintor. Conocía su homosexualidad por las referencias que de él me habían dado, pero poco más. Si soy sincero, debo de decir que Luciano me parece un hombre encantador. Siempre he sido muy respetuoso para con las gentes, de forma concreta desde que me bajé del mundo. En esta esquina, como gran espectador de esta farsa que es la vida, lo veo todo del color con que hay que mirarlo. Por todo ello, comprendo a Luciano y a todos los que, como él, tienen sus desviaciones sexuales. No todos podemos ser perfectos. Nadie existe perfecto. Yo, internamente si he logrado ser perfecto. Mi vida es perfecta, que

no mi persona. Luciano se ha pasado casi toda la tarde conmigo. Yo le notaba feliz, dichoso, como muy afortunado con sus pláticas a favor de mi persona. En honor a la verdad tengo que confesar que, Luciano siempre me ha respetado. No tengo una sola palabra, ni una acción de él, que pueda recriminarle. Su respeto ha estado siempre por encima de todo en honor a mi persona. Su alma de artista es lo que siempre me cautivó de él. Dice vivir del arte. Yo tengo el convencimiento que sufre con el arte. Claro que, si él entienda la vida, el vivir como yo lo entiendo, seguro que también es feliz. Comparte pensión con Oscar, un bailarín argentino que vino a España en busca de la gloria y, cuanto menos, trabaja en un ballet. Menester que, por lo visto, le aporta, crematísticamente para ir “tirando” él y Luciano. He dicho muchas veces y lo repetiré millones más, lo dura que es la vida para los artistas. El arte, necesariamente, está reñido, casi siempre, con el dinero. Luciano es una prueba más de cuanto digo. Sus pinturas son bellísimas. Tiene creatividad, magia, imaginación y, ante todo, arte. Luciano tiene tan carga de arte y sentimiento en sus entrañas que puede plagiar LOS GIRASOLES de Van Ghog y que parezca un original. Es, como digo, una prueba más de lo que puede ser la calidad de un artista. Y esto lo digo yo. Luciano jamás ha plagiado ni ha copiado a nadie. En este Madrid del bullicio y la vorágine, Luciano se defiende como en verdad puede. Amigos y conocidos son siempre sus “víctimas”. Claro, el ir a exposiciones es algo impensable. Vivir del arte es, casi siempre, tarea imposible. Luciano es, una prueba más de que, vivir en este mundo traidor es una pena que no merece la pena sentirla. Me dice este gran artista que me admira. Yo me temo que nos profesamos admiración mutua. En el fondo somos iguales. En la forma, nos diferencia que él quiere seguir aferrado al mundo y comparte vida y habitación con su “amigo” Oscar. Luciano quiere seguir intentándolo. Yo, desistí. Si, como digo, vivir, así, sin más, es casi imposible. Caminar en la vida por los senderos del arte y que éste pueda darte para comer, ello es casi imposible. De cada hombre que triunfa en el arte, los hay a decenas, yo diría que cientos, que tienen que vivir una vida mísera y de penurias que, repito, no merece

la pena nada. Es mucha la lucha. Luciano me ha dado otra prueba. ¿Para qué? Esta sería la pregunta. De toda la plática que mantuvimos entre Luciano y yo, me quedo con una frase hermosa, cuando me había contado su vida y milagros. Me dijo: “Luis Miguel: Soy muy feliz junto a Oscar. Es un hombre maravilloso. Tenía mucha razón Oscar Wilde cuando dijo que el misterio del amor es tan indescifrable como el misterio de la muerte. Le quiero, ¿sabes?”

CORAL AGUILAR.

El tumulto de las gentes, en ocasiones, me produce una sensación de ahogo y de angustia. Todos caminan raudos y veloces, seguramente, sin destino aparente. Es, el ir hacia ninguna parte. Pero todos corren desesperadamente. Como explico, hay días en que logro angustiarme. Y no tengo motivo alguno. Mi vida es distinta al resto del mundo. Claro que, en momentos determinados, cuando mis gentes me saludan, se quedan para platicar conmigo si su tiempo se lo permite, es entonces cuando noto el sosiego que ellos me regalan y, por qué no decirlo, compartimos de forma común. Mi alma, es verdad, siempre está relajada. Es normal. Para mí no existe el reloj. Tengo el día y la noche y suelo aprovecharlos de la mejor manera posible. De día “trabajo” y, por la noche, duermo, como todo el mundo. En mi hábitat natural, soy, como he dicho tantas veces, la admiración de mis gentes. Todos cuantos me conocen, cada vez que su tiempo se lo permite, todos quieren charlar conmigo. Me cuentan sus vaivenes, sus problemas, sus ilusiones, sus quimeras, sus miserias y, cómo no, sus triunfos o grandezas. Hoy ha venido a verme Coral Aguilar. Coral es una muchacha mexicana, hija de un prestigioso industrial de dicho país. Ella lleva todo el año en España. Vino en el mes de enero para hacer un master en Madrid y, tras los estudios, ha decidido quedarse todo el año en Madrid para, de este modo, conocer la capital de España y todos sus pueblos. El primer día que la conocí iba tan cargado con sus fólder, carpetas, libros y todos los menesteres de sus estudios. Se me acercó y me entregó un billete de mil pesetas. Le di las gracias, se presentó y me brindó su

amistad. Desde aquel momento, casi todos los días, al pasar, me regala su sonrisa y su bello saludo. “Hasta luego, Luis Miguel”. Coral tiene ese acento tan suyo, tan particular y lindo que tienen todos los mexicanos. Esa forma de hablar tan cadenciosa, tan pausadita, la verdad es que produce escalofríos en el alma. Los mexicanos, quizás influenciados por su clima, no tienen prisa para nada. Todo lo hacen despacito, rítmico y con alma. Para ellos, cuanto menos Coral así me lo ha demostrado, un simple saludo es algo así como una reverencia para nosotros. Son, como digo, de otra pasta. He conocido a varios, tanto hombres como mujeres y, en honor a la verdad, su trato es exquisito, amable y poco común.

Hoy, serían las 16 horas ha venido Coral a verme.

-¡Buenas tardes, Luis Miguel! ¿ Me puedo quedar contigo toda la tarde? Es que, ¿viste? Desde que estoy en España, mira que hemos hablado veces pero, te lo digo de verdad, me ilusionaba platicar contigo durante varias horas. ¡De verdad! no te importa?

-Por favor, Coral. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Como sabes, a mí, lo que me sobra es todo el tiempo del mundo. Soy todo tuyo. Ahora, Coral, te estoy viendo y me estoy acordando de una canción rancherita que tanto me gustaba. ¡Escucha! Creo que más o menos decía algo así: “ No llores más vida mía que ya estoy llegando a Irapuato, que en la estación de Palmira yo vi tu bello retrato”. Ya lo has visto. Mi entonación es pésima, pero bueno, el mensaje creo que te lo he dado. Si te parece, Coralita, te escucho con toda la atención del mundo.

-Es que, Luis Miguel, acá, en España, eres tú la única persona a la que yo puedo contarle mis cosas. Eres, como todos sabemos, el gran confesor de todos los que te queremos. Y, a veces, los mortales, los que nos llamamos normales, tenemos unas inquietudes, unos anhelos que, es absolutamente imprescindible contárselo a un ser querido; a alguien que te comprenda y te ayude. Ya sabes que, me relaciono con gente, pero nadie me ha brindado la amistad tan sincera y tan pura como tú me diste desde el primer día que te saludé. Mis cuitas e ilusiones, de verdad, son plática para el primero que pase. ¿Me dejas un huequito en el portal para que me siente a tu lado?

¡Por supuesto! No te preocupes. Sobra espacio para los dos. Me duele, Coralita, que quienes te vean conmigo puedan confundirte.

-A mí, Luis Miguel, lo que piensen los demás me tiene sin cuidado. Lo que me ilusiona es estar contigo para charlar durante toda la tarde. Si te sirve de consuelo tengo que decirte que, ante todo, te admiro con todo mi corazón. Yo podía anhelar, añorar mi rancho hermoso allá en Irapuato. Ya ves. Lo que añoro es no poder emularte, quedarme contigo para el resto de mis días. Tienes, Luis Miguel, la llave de la felicidad eterna y, claro, no tengo otra opción que admirarte. Todos te lo decimos.

-A todos nos falta valor, amigo mío, para ser como tú. Por cierto, ¿te costó mucho tomar esta decisión?

-No. Un día, cansando de vivir y sin haber encontrado el rumbo, decides dejarlo todo y, de algún modo, es una forma de suicidio. El que se quiere quitar la vida coge la pistola, dispara, y en un segundo se acabó todo. Yo hice lo mismo, pero sin pistola. Ya, en el mundo, pocas cosas tenía por hacer y poca gente me esperaba. Mi suicido consistió en dejar de ser uno más, bajarme de la esfera tradicional y, aquí me tienes. Ciertamente es que, podía haberme quitado la vida. Opté por esta nueva fórmula. Creo que acerté. Ahora, ya me estás viendo, soy libre. Dios, a tantas gentes les da el bienestar a través del dinero, como yo lo tuve. No supe administrar, ni el poder, ni el dinero, ni nada de todo lo terreno que tuve y, al final, Dios, en su misericordia infinita me ha dado lo más grande del mundo: libertad.

-¿Conoces México, Luis Miguel?

-Sí. El Distrito Federal. Allí estuve varias veces en mi época de ejecutivo. Algunos negocios hice desde aquella enorme ciudad. Me sorprendió la enorme discriminación que existe entre la sociedad mexicana. Los ricos los tiene todo; los pobres, nada. Me asombró la avenida de Insurgentes, la catedral, la plaza de Garibaldi, y tantos otros monumentos que ahora no recuerdo su nombre. La periferia de esta gran ciudad me hizo pensar demasiado. Allí, la gente se muere por vivir. Creo que me has comprendido. Me quedaba perplejo cada día, cuando tantos chamaquitos me brindaban su ayuda, su apoyo, su consejo para tal o cual menester, todo a cambio de un puñadito de

pesos.

-¿Te imaginas a qué vine a España?

-Siempre me dijiste que a estudiar; es lo que estás haciendo, ¿verdad? Son muchos los chicos de afuera que vienen hasta España para aprender, para conocernos. España, la madre patria, como se nos conoce en el nuevo continente, sigue siendo la admiración de toda Hispanoamérica. Pero, por favor, Coral, por mí no sufras. Si tienes algún secreto, al margen de que yo soy una tumba, si no te apetece, no me cuentes. Ahora bien, si necesitas contármelo para mitigar alguna soledad de tu alma, ¡adelante!

-Vine a España, por amor, Luis Miguel.

-¡Me lo temía, Coral! A medida que me platicabas, estaba viendo la expresión de tus ojos y, éstos, hace rato que te estaban delatando. Como sabes, suelo mirar siempre a la gente a sus ojos y, los ojos hablan ellos solos. Me lo estaban diciendo todo sin mediar palabras.

-¡Cuéntame, por favor!

-A principio del pasado año 1.997 conocí a un hombre absolutamente genial, acá, en España. Vine por él. Comencé a tratarle por Internet. Le conocí por este medio y quedé cautivada por él. Me mandó un mensaje por este medio y quedé fascinada.

-¡Por Dios, Coral! Por lo que más quieras, no me sigas hablando de ese invento. Ya vino un día un muchacho y me habló de ese tema y me volví loco. No quiero saber nada del mundo, pero no me he vuelto loco, por el momento.

-Amigo Luis Miguel: tienes que reconocer que tú te apeaste de la vida, de las nuevas tecnologías, por tanto, las desconoces y, al tiempo, las odias. Acepta, te lo pido por favor, que el hombre, como sabes, subió a la luna y he hecho muchas más cosas, entre ellas, Internet.

-Me lo dices con un convencimiento, Coral, que tengo que creerte. Me cuesta, es la verdad. Pero no veo que tengas una sola razón para mentirme, para equivocarme. Acepta, eso sí, que para mí, todo esto de los nuevos inventos, es muy duro.

-Una vez que te he tranquilizado, Luis Miguel, te sigo contando mi historia. Este hombre que ando buscando, que dice llamarse Lucho,

del que he leído varias novelas tuyas, no en vano es autor de varios libros relacionados con la problemática social en el mundo. Firma su obra como Lucho Sanz. Confesó que vivía en Madrid. Y es verdad que existe puesto que, además de los centenares de cartas que tengo tuyas, una vez en Madrid pude comprar sus libros. Me dijo que tenía 35 años, que escribía por pura vocación y que era un enamorado de la amistad, algo que pude comprobar en todas sus hermosas cartas. Le ando buscando. Y no pararé hasta lograrlo. Es, Luis Miguel, como te platico, el hombre de mi vida. Tiene, el tal Lucho, todo lo que yo soñé en un ser humano. Es bueno, inteligente, amoroso, lindo como una flor, honrado a carta cabal y, por si fuera poco, me han cautivado sus libros.

-Todo eso está muy bien, Coralita, pero, ¿le has visto alguna vez?

-He visto su foto es más que suficiente. Es guapo a más no poder. Sus ojos tan grandes, su pelo ensortijado y unas fracciones en su rostro capaces de cautivar a cualquier mujer.

-¿Se pueden percibir tantas virtudes como dices, a través de una máquina? Sigue, por favor, Coral. Estoy que me muero por saber más cosas de esa historia.

-Los sentimientos, Luis Miguel, los que tú percibes con las personas que te rodeamos a diario, a mí, el tal Lucho, me los ha transmitido con la máquina. Lucho ha sabido mandarme su corazón a través de este medio. He palpado, como si le tuviera a mi lado, todos los valores que te han apuntado que atesora. ¡Si vieras las cartas que me ha escrito! Tengo claro, Luis Miguel, que un hombre que escribe de este modo no puede ser una mala persona. Sería inconcebible. Para mí, con todos mis respetos para todos los españoles, el hombre de mi vida es el tal Lucho Sanz. Nadie como él ha hecho vibrar mi alma. Tiene magia, candor, dulzura, aura mágica y otras muchas virtudes. Lucho logró en mí lo que yo denominaría como la catarsis de mi alma.

-Coral: ¿Y donde está ese ser tan entrañable? ¿No le encuentras?

-Esta es mi lucha. No me iré de España hasta que no logre dar con él. He estado en la dirección que me dio y nadie me ha podido hablar de él. En donde me dijo que vivía no le conoce nadie. No, no

puede ser. Tiene que estar en alguna parte. No quiero pensar que haya muerto. Si me enterara de que murió, te aseguro, Luis Miguel, que me quitaba la vida. Esto que me ocurrió con este hombre te lo platicaré millones de veces y quizás no me entiendas. Mi vida no tiene sentido sin él. Albergó en mí tantas ilusiones que, ya me estás viendo.

-Por favor, Coral, no llores. ¡Déjame que seque tus lágrimas! No llores que me embargas a mí con tu tristeza. Tras todo lo que me estas contando y de la forma que me lo dices, te creo, te lo juro. No te esfuerces. He visto tus lágrimas derramadas y, ese llanto sólo se puede derramar por amor, por un ser querido. Yo, como sabes, también he llorado por amor. Ya te conté que, el día que Tica me dijo que me quería más que a nadie en el mundo, ese día lloré por su amor. Comprendo tus lágrimas. Al igual que entiendo tu vida.

-Luis Miguel: ¡tienes que ayudarme, te lo pido por Dios! Necesito encontrar a Lucho. Él es mi vida, mi corazón que bombea mi sangre, mi sueño en la vida. Si no hubiera sido por él, de verdad, yo no hubiera venido nunca a España. Vine por amor, Luis Miguel. Es verdad que he estudiado el master que te decía, pero, el verdadero motivo de mi venida no fue otro que el amor de este hombre. Estoy loquita por él y, como sabes, ahora, parece que todo haya sido un sueño. Me gustaría gritar muy fuerte, Luis Miguel, para que este hombre me oyera. ¡¡ Lucho, que vine por ti, sólo por ti !!

-Coral: ¿era casado o soltero?

-Esto nunca me lo dijo. Esta es la gran incógnita que me aplasta. Pero si él tenía una ilusión desmedida ante mi venida. Vine por él, Luis Miguel, sólo por él. No quisiera pensar que era casado y que, al saber que yo venía de verdad se quitara de en medio, por temor a los suyos sí acaso, ¿verdad? Si te juro, querido Luis Miguel, que no me iré de España hasta que no le encuentre. Si mis padres lo supieran seguro que me raptaban y me traían presa de nuevo hasta Irapuato. Para ellos, tras mis estudios, estoy viviendo un año sabático en España como premio a mi licenciatura.

-La tarde se nos pasó volando. Eran tantas las cosas que Coral quería

decirme que, al darnos cuenta, ya había caído la noche. Ella, plena de tristeza se marchó al hotel en donde vive. Está muy cerca de aquí. Esta es la razón por la cual, nos vemos casi a diario. Tengo que reconocer que me dejó perplejo. Coralita está enamorada. Lo entiendo. Soy capaz de comprender todas y cuantas acciones emprenda el ser humano por amor. Amar, es algo inenarrable. Es una fuerza incontenible en tu alma que lo puede todo. Cuánto me gustaría poder ayudarle. La vi tan preocupada, tan desilusionada que, quiera Dios pueda encontrar al hombre de su vida. Habíamos hablado muchas veces, pero nunca con la sinceridad con que hoy me ha platicado. Yo, inerte en el mundo, aun soy capaz de sentir, de sufrir por una persona querida. A Coral la quiero mucho. Tiene demasiadas virtudes como para no quererla todos cuantos la traten. Atesora una cultura prodigiosa. Su belleza externa es tan grande como la de su alma. Su forma de ser, su voz, sus ojos, su cara tan bonita; todo, todo en ella es casi mágico. ¡Y está enamorada ¡ Voy a rezarle a Dios para que tenga suerte y pueda encontrar al tal Lucho.

UN FENÓMENO LLAMADO FÚTBOL.

He podido comprobar que, en España, quizás que también en todo el mundo, existe un fenómeno social que es capaz de parar el país. Se trata del fútbol. Me cuentan que se está celebrando el campeonato del mundo en tierras de Francia. Todos los partidos son televisados. Claro que, la pasión se despierta, lógico, entre los países participantes. Pero he visto algo que me ha llamado mucho la atención, y que no es nada nuevo, por supuesto. ¿Se imagina alguien las calles de Madrid desiertas? Esto lo he vivido yo. Los días en que ha jugado la selección de España, todo el mundo ha estado pendiente del televisor. Ante esta circunstancia, he tenido la suerte, la dicha, de poder pasear por toda la Gran Vía madrileña a solas. Durante las dos horas de duración de cada partido, en soledad, como si viviera en un lugar apartado del mundo, me he sentido el dueño de la calle. Apenas nadie para darle un saludo. En este ambiente de paz, soledad y silencio en la calle, ha venido Tica a verme. Me cuenta

que, esta noche no trabaja. ¿Para qué? Me dice, si todos los clientes están muy ocupados. Me propone Tica irnos a ver a una antigua compañera suya llamada Cristina, la cual vive muy cerca de Gran Vía. Cristina ha estado junto a Tica algunos años y, ahora, desgraciadamente, sufre leucemia. Conocí a Cristina hace algunos años. Era bellísima. Su vida nunca resultó lo placentera que su lindo cuerpo pudiera denotar. Cada ser humano es protagonista de una historia y, la de Cristina, como tantos seres humanos, era de un dramatismo impresionante. Ella era hija de un padre esquizofrénico que, su mayor diversión consistía en violar a su hija, al margen de atizarle grandes palizas cada vez que ella se negaba. Increíble lo sufrido por Cristina. Estas razones de tanto peso le llevaron a optar por el camino de la prostitución. Ella nació en un pueblo de Madrid, por tanto, no le resultó difícil trasladarse a la capital. Abandonó su casa y decidió olvidarse de los suyos para los restos. He conocido a tantas muchachas de la calle que, todas, sin distinción, tienen una dramática historia a sus espaldas que les ha empujado a este mundo. Si soy sincero, de todas cuantas mujeres de la vida que he conocido, creo que ninguna me confesó, ni siquiera yo percibí, ejercer su trabajo por “vocación”. No podemos, creo que no debemos juzgar nunca a la ligera a nadie. Muchos menos a las prostitutas. Todas, y lo digo completamente convencido, me merecen un respeto profundo.

Llegamos a la casa de Cristina y, tras darnos unos besos, nos invita a que nos quedemos con ella un largo rato. Su diálogo está pletórico de ilusiones. Ella quiere vivir. Siente desprecio a la muerte. Me limito a observarlas, tanto a ella como a Tica. Tienen muchas cosas que contarse. Han convivido muchos años juntas y, siempre, los recuerdos, son los compañeros del alma que jamás mueren. Observo con detalle los ojos de Cristina. Su mirada ha quedado hundida. La enfermedad la está devorando poco a poco. Tica le anima. “¡Saldrás adelante!” Le dice. Ella, claro está, se sabe muy enferma. Pero atenaza unas ganas de vivir y de luchar que, la muerte, con su guadaña, tendrá que buscarse otro cliente. Son varios años los que conozco a Cristina y, sin lugar a dudas, me atrevo a

decir que nos encontramos ante otro ser bueno. ¡Qué paradojas tiene la vida! He vivido las acciones que Cristina ha protagonizado en su vida y, en más de una ocasión ha llegado a estremecerme. Ella, durante todos los años que ha trabajado de puta junto a Tica, gran parte del dinero ganado con tanto esfuerzo y, en ocasiones tan amargamente, lo destinaba para los niños pobres de la periferia de Madrid. Lo que estas muchachas me han enseñado en este mi peregrinar en la calle, ello es el tesoro más inimaginable que me llevaré a mi tumba cuando me vaya para siempre. Al ver acciones como las de Cristina, lo juro, muchas veces ha pasado por mi cabeza la idea del suicidio. Tanto ella como Tica y algunas compañeras más, todas me han hecho ver, me han recordado mi época nefasta en que sólo me hacía feliz el dinero y, por conseguirlo, nunca escatimé esfuerzo, así como nunca miré qué daño podía hacerle a terceras personas. Yo soñaba con el dinero, con el placer y con la mejor de las diversiones y, en el mundo, sin que yo lo supiera, personas como Cristina, prostituyendo su cuerpo para, tras ganar el sustento propio, entregar casi todo el dinero a niños necesitados. Ahora, a Dios gracias, he comprendido a la vida y a muchas de sus gentes. Mi mezquindad, una vez más, me la han hecho recordar personas de “baja calaña moral”. Sí, este es el calificativo que solemos darle a estas señoritas, especialmente gentes como yo éramos los que les regalábamos tales epítetos.

Dentro de cada prostituta, lo digo convencido, se esconde un ser humano maravilloso. He convivido con estas muchachas y, ha sido la vida, en sus duros lances, lo que las ha llevado a este trabajo maldito. Y no es que el amor que me ha regalado Tica me ha sensibilizado al respecto. No. No tiene nada que ver. Opino sobre lo que han visto mis ojos en todos estos años en que mi vida se circunscribe en la calle madrileña. Todas cuantas chicas conocí en la calle, sin distinción alguna en sus vidas, el fracaso había sido su norma, su *modus vivendi*. Una mujer, cansada de aguantar a un borracho, a un mal nacido, a un ser perverso como yo lo era, por ejemplo, antes que vivir de este modo, es mejor la prostitución. ¡Qué vida llevarían estas chicas para pensar que la prostitución podía ser

una salida ¡ Es esta la reflexión en mi camino mientras estamos en casa de Cristina. A veces he llegado a pensar que, quien sabe, igual Dios está como distraído, ¿verdad? Lo digo puesto que no encuentro una sola razón para que la vida les pague así a estas muchachas. Cristina, ya ven, además de tener que vivir de su cuerpo, ahora, la vida, el destino, los malos hados de la fortuna, le dan esta cruel enfermedad.

Le miro a los ojos y me sonrío. Ella no quiere que suframos. Disimula muy bien su dolor. No quiere que seamos partícipes de su drama. En estos casos, en enfermo, ante las visitas de los amigos, fingen una seguridad que no tienen, una salud de la que carecen y una sonrisa que no existe. Es, quizás, la ley del destino. Nadie quiere inspirar pena a los amigos. En este sentir, la grandeza de Cristina ha sido innata. La hemos visitado con mucha asiduidad. Sabemos del poco tiempo que le queda por estar en el mundo de los vivos. Ella, sin embargo, con la fuerza de un rayo, sigue impertérrita ante el dolor y su drama. Tengo muy claro que, Dios le ha dado, además de su enfermedad, esa fuerza tan grande para sobrellevar con dignidad y entereza su drama personal. Cada vez que acudimos a verle, al irnos, nuestra primera misión es ir a rezar por ella. Le pedimos a Dios que sea indulgente con su dolor; cuanto menos que así sea. Por pedir, Dios lo sabe, le pedimos con toda nuestras fuerzas para que Cristina recobre la salud. Ella, en su anonimato, les ha hecho un gran bien a la sociedad, de forma especial, a los niños pobres y desvalidos de Madrid. ¡Qué pecado ha cometido esta muchacha para que esté purgando esta pena ¡ Yo soy el que debería de pagar, con este dolor, todo el mal que hice. Y lo digo convencido. Ahora mismo me cambiaría por ella. Es más, se lo pido a Dios. Cristina, en su humildad, en su sencillez, en su trabajo primero y en su soledad después, en todos los instantes de su vida demostró una grandeza inenarrable. No, no es justo lo que tiene que penar.

Tras más de dos horas de plática deliciosa, de un café riquísimo que nos preparó, nos despedimos. Tica, al abrazarle, no puede evitar que le caigan unas lágrimas. Es la llamada de la amistad. Son los sentimientos tan hermosos que ambas amigas han atesorado, razón

evidente para que el corazón sufra en este envite, en este adiós. Le abrazo, me mira y, de repente, me mira a los ojos y me dice: “Luis Miguel; cuida mucho a Tica, es la mejor persona que he conocido en el mundo. Has tenido toda la suerte que un ser humano pudiera imaginar con ella. No te subas de nuevo al mundo, no lo hagas; pero sí sé feliz con Tica. Ella y tú creáis que tenéis méritos suficientes para que la vida os dé la felicidad. Ella debe ser feliz por lo gran persona que es y que nunca tuvo suerte. Y tú, Luis Miguel por tu gallardía de abandonar el “mundo”, dejar todos sus placeres y dedicarte a ser el gran espectador de la vida.”

Me quedé perplejo. No supe responder. Mis únicas palabras fueron: que te vaya bonito, Cristina. Mis labios acariciaron su mejilla derecha. Y, una sonrisa, en su demacrado rostro, nos dijo adiós. Ni Tica ni yo sospechábamos que era nuestro último encuentro. Unos días mas tarde, alguien nos avisó de su óbito. Era algo que esperábamos. Pero por mucho que lo esperes, lo decimos con la boca “chiquita”. Nadie quiere morir; nadie admite la muerte. Allí acudimos para decirle el último adiós. La dueña de la pensión nos dijo: “Miren, aquí hay un papel dentro de un sobre que dice, - Por favor, entreguen este sobre a Luis Miguel y a Tica-. Se lo entregué a mi amada compañera para que lo abriera ella. Me sigo emocionando con aquellas letras. Han pasado algunos meses de semejante evento y, ahora, al recordarlo, me siguen brotando unas lágrimas. El texto escrito por Cristina decía lo que sigue: “Luis Miguel, por favor, me queda muy poquita vida. Seguro que no volveremos a vernos. Mil gracias por vuestro cariño, por vuestra amistad, por vuestras visitas; por todo vuestro cariño que me habéis regalado durante toda nuestra amistad. Sepas, Luis Miguel que en el banco tengo ahorrado una pequeña cantidad de dinero. Con este documento, te acercará a la entidad financiera y te lo darán. Como sabes, id, tú y Tica, y se lo entregáis a mis niños pobres de Vallecas. Tengo la seguridad de que cumpliréis mi deseo, mi última ilusión. Que Dios os bendiga y que tengáis toda la suerte en la vida. Os abraza. Cristina.”

Al leer este mensaje y ver el cuerpo inerte de nuestra amiga,

Tica se me abrazó y, entre susurros, lloraba de forma amarga. En aquel momento, le juro, sintió la sensación de haber vuelto a la vida digamos normal y, lo pasé muy mal. Me sentí, por un lado, obligado a este quehacer puesto que la muchacha muerta era amiga nuestra; visto desde otro extremo, me veía en la misma vorágine que, a diario, se ve envuelta la sociedad a la que yo abandoné. Tica notaba mi tristeza mi tremendo desasosiego y, al ver mis ojos, en ese instante comprendió lo que yo estaba sufriendo. Una vez retiraron el féretro con los restos mortales de un ser que fue muy querido por nosotros, abandonamos la pensión de la que fue nuestra inolvidable compañera. Nos marchamos a la calle, ese lugar en donde encontré la felicidad. Al salir, respiré hondo. Tica me notó mi aliento. La contaminación de que tanto se habla de Madrid, a mí no me afecta para nada. Yo, por el sólo hecho de verme libre cual gacela juguetona, con ello soy el más dichoso de la tierra. El que haya tenido que acudir a este acto, bien lo sabe Dios, ha sido fruto, producto de la amistad que sentí por esta muchacha. Era, ante todo, un ser humano irrepetible. Algo así como Tica, pero mucho más mujer, más bella, más cautivadora. Tica me contaba que, los días en que Cristina decidía ponerse bella para los hombres, el resto de sus compañeras, trabajaban si ella estaba de servicio, de lo contrario, nada de nada. Los hombres, si estaba ella, todas las miradas eran para Cristina. Sus clientes conocieron su cuerpo. Yo, conocí su alma. Era magnífica. Irrepetible. Bondadosa. Tierna. Dulce. Era, un primor de mujer. Que Dios le tenga en su diestra.

Pasan los días, las semanas, los meses y, sin darme cuenta. Tras los sofocantes calores madrileños, estamos ya en otoño. Esta época del año me gusta por muchos motivos. Para estar en la calle, como la temperatura es idónea, el cuerpo no sufre apenas. Con poquita ropa está uno apañado. Aquí en Madrid suele llover mucho, de forma concreta en el mes de mayo. En otoño, del mismo modo, la lluvia barre las calles de Madrid. A mí, ver llover, me produce una sensación indescifrable en mi alma. Es como una bendición divina. Yo me refugio en mi portal. La gente va corriendo y, mis “clientes” apenas se paran; apenas se percatan de mi presencia y,

“económicamente” los días de lluvia no son apetecibles. Pero, me es igual. Como dije, el dinero que recojo, como yo no necesito nada, todo se lo entrego a Tica para que lo mande a sus hijitos.

Cerca de mi portal, en uno de los semáforos, se para un señor y me dice: “Amigo, ¿quieres un cigarro?”. Muchas gracias, le respondo. Dejé de fumar hace muchos años. El tabaco era uno más de mis vicios asquerosos. Dije que lo dejaba todo y, claro, era, todo, absolutamente todo. Si fumara, claro está, tendría una necesidad económica. Y no sería justo. Tendría que comprar tabaco, pedirlo ó, en su defecto, el dinero que la gente me entrega pensando en que voy a comprar pan, me lo gastara en tabaco. Sería cruel por mi parte, ¿verdad? No. Yo no pretendo engañar a nadie. Ya lo hice cuando vivía en el mundo. Ahora, en mi cielo particular, en donde todo es paz, armonía y felicidad, no debo de buscarme placer alguno que me reporte gastos; Es que no quiero. Ya lo dije. Todo me sobra. Mi único anhelo, en este paraíso terrenal, es el amor de Tica. Me regaló su amor, su amistad, su cariño y, en mis soledades, soy feliz. Lamento parecerme al resto del mundo en cuanto a los sentimientos del amor se refiere.

EL OTOÑO MADRILEÑO.

Hoy, en este otoño madrileño, al caer la noche, ha venido Tica a verme. Se está venciendo la noche y ella quiere que tome algo de alimento para mi cuerpo. Me entrega un bocadillo que me ha comprado. “Comételo, Luis Miguel”. No tengo hambre, Tica. Le digo. Es verdad. Mi cuerpo está saciado. No recuerdo la hora en que me he comido unos mendrugos que me quedaban en el petate. Está bien Tica, le digo. No sufras por mí. Te lo pido por favor. De todos modos, guardo con cuidado el bocadillo para mañana.

Ya, casi a punto de bajarme a mis “habitaciones” particulares, a mis aposentos en el tren metropolitano, veo a venir aun señor que conozco mucho. Es Mita Mitica. Le saludo. Me abraza puesto que hace más de un año que nos conocemos. Han sido muchas las veces que ha pasado por mi lugar de “trabajo”, razón ésta por la que nos

conocemos como si de toda la vida se tratara. Mita, como yo le llamo, está muy triste. Es de nacionalidad rumana y vino a este paraíso al cual llaman España, visto desde fuera de nuestras fronteras, en busca de trabajo. Allí, en su país, las cosas no funcionan nada de bien. Los rumanos huyen despavoridos por todos los lugares del mundo. Todos buscan pan para lo suyos. El caso de Mita es sangrante. Ante todo, habla el español con una corrección digna de elogio. Es esmerado en su vocablo. Su educación es de una exquisitez sin límites. Es licenciado en comercio internacional; domina con esmero todas las labores propias de cualquier profesional que se precie en España: fontanero, ebanista, electricista, mecánico y no sé cuantas profesiones más, quedan exentas de secretos para él. Siendo así, lleva más de un año en este Madrid sin encontrar rumbo ni horizonte profesional. Este Mita Mitica es capaz de quitarme el sueño. Ven sus bondades, sus habilidades, sus formas de hacer y decir y, una vez más, siento asco de la maldita sociedad en que viví durante muchos años. Es sangrante que no haya cobijo para este ser humano tan delicioso y que, a su vez, la justicia le persiga por que dicen que no tiene los papeles en “regla”. Ya ves, querido Facundo Cabral que, la sociedad en la que vivimos no sabe aquello que tu promulgaste con tu tremendo corazón cuando dijiste que, “HAY UNA SOLA RAZA: LA HUMANIDAD.” Te lo dejaron en linda metáfora querido Facundo. Por lo que estamos viendo, hay muchas razas dentro del mundo.

Mi querido Mita sobrevive como Dios le da a entender. Por un lado tiene que evadirse de la justicia cual vulgar delincuente; por otro, intentar buscar un poquito de pan para saciar su maltrecho cuerpo. Hay noches en que, Mita, se viene hasta mi lado y “cena” conmigo. Nos comemos todo aquello que a mí me han dado. Tica también le ha tomado cariño y, por su parte, a diario, le proporciona algún que otro alimento. La meta de Mita, como podremos suponer, no es buscar comida para él; lo que ansía, lo que sueña es encontrar un trabajo digno, honrado y eficaz para ganar un sueldo digno y mandárselo a su esposa e hijitos, allá en Bucarest. Me cuenta que está luchando con denuedo con la finalidad de conseguir que, algún

día, Dios sabe cuando, la justicia le reconozca y pueda tener su documentación en regla. Algunos días, por suerte para él, un maestro albañil le lleva consigo para intentar darle un jornal digno; claro que, este menester no es a diario. Al ver a Mita sigo sufriendo ya que, como todo el mundo puede imaginar, él es una víctima más de la corrupta sociedad a la que todas las gentes se aferran. Respeto la decisión de Mita, como respeto a todo el mundo, aunque, ¡cuánta tristeza produce estar en “activo”! En este año que nos conocemos he sabido de su vida, de sus sentires, de sus habilidades, de su inteligencia como digo y, todos estos valores, rociados de su ingente cultura, para lo único que le han servido ha sido para deambular de forma desesperada por Madrid.

Mita está sin dinero, aunque lo que él entiende como su dignidad, le impide ponerse a mi lado para pedir. A fin de cuentas, todos somos un poco mendigos. Siendo así, yo creo que hice lo que debía: ejercer como tal y disfrutar de los placeres que la vida me ha otorgado en este estrado de paz y sosiego. Abandoné todo, es cierto, pero sigo teniendo un corazón que me late en el pecho y que, a su vez, es capaz de sentir, de amar y de comprender a los seres humanos en sus miserias. Mita es un ejemplo de todo cuanto digo. Con casos como el de este hombre, lo juro, lamento no tener el poder suficiente para lograr solucionar su maldito problema burocrático. Por culpa de unos malditos papeles, puesto que la sociedad todo lo arregla con millones de papeles y de pólizas estampadas en el mismo, por esta ruin circunstancia, Mita deambula por Madrid como un barco a la deriva. Triste su destino, muy triste ya que, el día que pueda tener una vida, digamos “legal”, ya tiene varios pretendientes que lo esperan para darle trabajo y bienestar. Ya lo estamos viendo: Mita, un prodigio de ser humano, esperado por varias empresas que le han conocido por haberle tratado y probado y, la maldita burocracia se encarga de hacer infelices a tantos hombres. Si no hay “papeles” no hay trabajo; si no hay trabajo no hay pan. Menudo jeroglífico en donde se han metido, a la fuerza, a tantos hombres válidos. En España, según nuestras leyes, los rumanos no son “hijos de Dios”. Sigo pensando que la sociedad

española debería de detestar, erradicar, como todas, a los desalmados, a los delincuentes, a los asesinos, a las malas gentes. Pero hay Dios mío, nos regimos por unas normas en que, sólo te piden papeles, pero nadie te pregunta si eres válido y buena persona. Así nos va.

CORAL AGUILAR, DE NUEVO.

El otoño, en Madrid, tiene un encanto especial. El cielo es distinto al del resto del mundo. Incluso le han cantado muchas canciones, muchas coplas al otoño madrileño y tarde clara. Son poco más de las 17 horas, apenas queda sol y, una vez más, como tantas veces, llega hasta mí la entrañable Coral Aguilar. En honor a la verdad, es raro el día que no aparece por aquí. Coral, ya lo dije, tiene un encanto especial. Es guapa con avaricia; sus ojos denotan el lindo bienestar que le ha reportado tener una familia hermosa en Irapuato; familia que ha hecho lo imposible para que ella viniera a cursar sus estudios en España, en este Madrid adorable. Claro que, como me contó, lo que sus padres no sospechan es que ella, ha venido a España por amor y que, los estudios, obvio es, eran la lógica excusa para lograr su cometido.

-¡Hola, Luis Miguel ¡ Me dice.

-Querida Coralita: ¿qué se te ofrece? ¿Dónde has estado? Llevabas varios días sin aparecer por estos lares. Y si te soy sincero, te estaba echando en falta. En este Madrid tan inmenso, donde el tumulto es algo aterrador, sí, te notaba en falta.

-Tengo que decirte, Luis Miguel, que quizás abandone la idea por la que vine a España. Acabo el curso y me marchó de nuevo a Irapuato. No puedo vivir así. Puedo hasta morir por ese Lucho al que no encuentro y, te lo juro, yo pensaba que en España sería feliz al conocerle a él. Ya te conté que, el destino no ha querido que pueda encontrarle y, mis fuerzas se han agotado. No puedo más. ¿Sabes? He pensado en todo. Por mi mente han pasado las ideas más descabelladas que puedas imaginarte. En algún que otro momento he creído que, el suicido podría ser mi solución a los males de mi alma.

Vine, Luis Miguel, en busca de la felicidad y, ya viste, me llevo de España toda la amargura que jamás pensaba podría encontrar. El destino, por lo que veo, ha jugado chueco contra mí. Me marcharé con la amargura de no haber encontrado al hombre de mi vida. ¡Déjame llorar, Luis Miguel!

-Coralita entrañable, qué penita tengo. Me embargaste ya el primer día cuando me contaste tus cuitas en torno a ese Lucho misterioso que, según cuentas, se lo ha tragado la tierra. ¡No, no te vayas! En Madrid estás bien. Quien sabe si mañana, Dios quiera, apareciera el hombre de tu vida. No desfallezcas. De cobardes nunca se ha escrito. Sabes que, por amor, por la persona amada, toda espera puede ser infinita. Pero, por favor, no llores más. Me emocionas con tus lágrimas. Ya sabes que, me bajé del mundo, pero no me quitaron el corazón, como le decía un día a Mita. Si lo que pretendes es enamorarte de un español, seguro que encontraras a la persona de tu vida, que no te quepa duda. Date un margen de tiempo para poder encontrar a Lucho y, de lo contrario, tomas las medidas que creas oportunas. ¡Cuánto lamento el no poder ayudarte, Dios mío!

-Te cuento, Luis Miguel que no he sido una mujer afortunada en amores. Yo diría que he sido muy desgraciada. Allá, en mi Irapuato natal conocí a un hombre fantástico al que amé con locura y desenfreno. Yo creo que tenía tantas o más virtudes que el Lucho español al que estoy buscando. Y, al final, cuando apunto estuve de entregarle mi vida, me confeso ser casado y que a fin de cuentas yo no podía ser otra cosa para él que, su amante. ¿Te imaginas cuanta tristeza? Te lo explicaría todo conforme me ocurrió, es verdad. Pero, ¿viste? He preferido relatártelo en estos folios. Esta noche, mejor mañana, sentado en este tu lindo portal, te lo vas leyendo poco a poco y, seguro que sentirás por mí, la misma pena que me embarga.

-Coral: Por favor, date una vuelte, te recomiendo que te tomes un café y, si eres tan amable, vuelve dentro de un momento. Esto que me has entregado me parece como muy interesante. Me leo ahorita todo y, luego, si vienes lo comentamos. ¿Te parece?

-¡Perfecto, Luis Miguel, ahora vengo para estar contigo!

Una historia que podía ser cierta.

“La hacienda de “La Piedad” era la más grande en el pueblo de San Julian. Sus hectáreas se alargaban cual sábanas extensas sobre las montañas que rodeaban el pueblo y alcanzaban a tocar las orillas del río Santiago. La familia Álvarez era dueña de todo esto y de aún más animales, platanales y cafetales del área. Dicha familia era respetada en el pueblo. Se le conocía por su generosidad en el diezmo eclesiástico, por haber hospedado al obispo, por su devoción y sobre todo por lo que ellos consideraban su “buen-nombre”. Cualquiera que pudiera jactarse de llevar este apellido bajo sus espaldas erguía la cabeza un poquito, se hacía más grande en su caminar y sonreía cuando un campesino apurado se quitaba el sombrero, se lo ponía sobre el pecho y murmuraba apresurado y enrojecido “Tardes, señoriito o señorita” según fuera el caso.

Pero esto no quería decir que los Álvarez estuvieran apartados de la vida social de San Julián. Al contrario, ellos lo administraban todos, y se deleitaban en las fiestas del Santo Patrón, cuando veían desde su balcón en lo más alto de la montaña como los pueblerinos bailaban, tomaban y en arrebatos de locura tomaban a las muchachas que yacían sentadas en las bancas con arrebato para bailar una pieza musical al compás de los acordes de un viejo acordeón.

La familia Álvarez solo tenía una hija a la cual se cuidaba con esmero y se cumplía hasta su último deseo. Cristina Álvarez de la Madrid, nunca supo lo que era andar sin zapatos, ni prender una fogata. Ella solo sabía las cosas propias de una “señorita” de su tiempo, había hecho preciosas carpetas bordadas que su madre exponía con orgullo en los muebles de la casa. También sabía cocinar como nadie y en definitiva según la sociedad y según sus padres, Cristina era lo que cada muchacha del pueblo quería llegar a ser. Discretamente, las muchachas copiaban la forma en la cual ella se tomaba el pelo, el listón color turquesa que había bordado al final

de su larga falda blanca. Todos lo notaban, y sin embargo nadie decía nada. Sin embargo, ella no se parecía a nadie ni nunca se dio cuenta de los fallidos intentos de copia que tenía por vecinas.

La vida de Cristina había transcurrido entre claustros y colegios de monjas. Su alma y su cuerpo permanecían vírgenes ya que ella nunca había escuchado una palabra de amor, ni tampoco había sentido la caricia, ni había visto con ojos de deseo a ningún hombre. Fue la sensualidad de su virginidad la que sedujo a un extraño, que un día sin no poder más tomo una hoja de papel y le comenzó a escribir una carta.

Al día siguiente en misa, Cristina recibió un papel doblado de lo que parecía ser un acólito pero que desapareció más rápido que en lo que tardo en depositar el papel en su mano. Ella lo mira nerviosamente, y viendo que los demás se concentraban en sus oraciones lo desdoble y lo leyó, porque la curiosidad la estaba matando. Era un papel en blanco, un poco arrugado de una parte en donde obviamente el autor había apoyado su mano al escribir. El mensaje decía.

“Estimada señorita,

Perdone UD mi arrebato y a la vez mi timidez al no mostrarme personalmente pero me desconcierta la actitud que UD pueda tener sobre mí si hago esto de otra manera. No quisiera por nada del mundo ofenderla. Solo le escribo estas pequeñas líneas para decirle que UD es el sol de mi vida y me ha devuelto la ilusión por vivir. Cada vez que la veo rezar se ilumina mi vida. Si UD me lo permite por este medio, le seguiré escribiendo. Solo le pido admirarla y que UD sepa que ha cautivado a un pobre corazón en San Julian”.

Cristina leyó con detenimiento cada una de las letras que conformaban maravillosas frases que endulzaban su mente y toda su alma. El mensaje lo guardo en su bolsa y al llegar a casa lo leyó y re-leyó todas las veces hasta que quedo grabado en su corazón con fuego. Esa noche, soñó con el extraño. Soñó que era alto, fuerte,

moreno y con ojazos del color del mar entremezclado con el poder del cielo. Comparo esta maravillosa carta con los cientos y miles de presentes que durante toda su vida había recibido, por hombres que en su momento trataron de conquistarla. Tenía de todo, joyas, alhajas, relojes y hasta un incauto le había regalado un cu-cu de Suiza, que ella utilizó para colgar adornos, hasta que el pobre cu-cu sé cayó al piso y se rompió de tanto peso. Pero nadie, nunca nadie había tocado esa fibra sensible de su corazón. A todo su historial le hacía falta esa carta, así que con mucho cuidado para que nadie la notara, la doblo y la puse debajo de un cajón y le puse llave. El corazón de una mujer y más el de una mujer como Cristina estaba repleto de llaves y de puertas y de pasadizos ocultos que llevaban a lugares inéditos en donde el extraño que se enamora de la sensualidad de su virginidad quería llegar.

Los días pasaron, al igual que las semanas y Cristina no volvió a saber nada del extraño ni de su modo de expresarse y verter sus sentimientos e hilvanarlo todo en bellas frases que le llegaban al centro de su corazón. Una noche, escuchó que alguien tocaba la ventana, con una suavidad digna de un caballero. Ella, temerosa, se levantó de la cama y se dirigió hacia la gran ventana de su cuarto. Al abrir, notó la sombra de alguien, pero no podía distinguir los rasgos del extraño.

“Buenas Noches” dijo ella, con curiosidad.

“¿Cristina, eres tú?” Dijo la sombra del extraño

“Si, soy yo. Tú eres el de las cartas ¿verdad?” “¿Sabes? No debería de hablar contigo, dado que no es correcto.”

-”Discúlpame, discúlpame mucho, pero es que luego sabrás la poderosa razón que me impide hacerlo. Pero, por ahora imploro a tu piedad. No te marches, te lo pido por Dios. “

Cristina sintió, la brisa de la noche en su cara, las estrellas estaban bellísimas y se había acomodado de manera perfecta en el borde de la ventana. Tenía unos deseos tremendos de quedarse a platicar, pero en su mente estaban las vocecitas de su conciencia, y aún más de la inteligencia que le dictaba que los placeres pueden ser peligrosos. Sin embargo, había algo en el aroma de la misma noche, que la embriagaba y algo dentro de su cuerpo que explotaba. Era poderoso, era el poder de la seducción.

.” ¿Qué me quieres decir” le pregunto ella, en tono aparentemente indiferente.

-Quiero decirte que, primero que nada te respeta con todo mi corazón; y jamás haría algo para dañarte, ni para molestarte. Si en algo te incomoda la presencia, me iré en este preciso instante, porque tú para mí lo representas todo. Si me lo permites te diré la única palabra que brota ahorita mismo desde el fondo de mi corazón. ¿Me dejas que te la diga?

- Lo que usted tenga que decirme, lo escucho. Pero no espere más de mí.

- Esta bien. Cristina de mis entrañas. Te quiero.

¡Que palabra tan bella! De aparente sencillez esta palabra encierra tanta profundidad y significado, que a su vez al pronunciarla con sentimiento es incapaz de sostenerse en el aire y cae por su propio peso. Alguna vez alguien dijo que a las palabras se las lleva el viento, pues a este te quiero ni los vientos torrenciales de un huracán podían haberlo ni siquiera movido. Las palabras del extraño salieron de su boca y reposaron tranquilamente en el agitado corazón de Cristina. Ella -la fiel receptora de tanto amor- se entregó plenamente al encanto y al embrujo. Aunque, sin embargo, en su mente había dudas y la incertidumbre combinada con la pasión y el cariño no se mezcla ni se lleva bien. Producían un malestar generalizado en toda el alma de la bella niña que quería volar pero

no se atrevía.

“Como puede UD decir eso?” “Ni siquiera me conoce.” “Claro que UD solo desea lo que ve, porque es la primera vez que intercambiamos palabras, lo cual me hace dudar mucho de su honestidad, y eso mi querido amigo, no es cortes de su parte.”

“No es necesario conocerte, te conozco demasiado y todos tus movimientos delatan la persona tan linda y bella que eres. No podía más que amarte con locura, porque me lo dictaba el corazón. No me pidas pruebas, no las tengo. Si acaso toma mi sangre, tómame todo y dispón de mí a tu antojo.”

Aun no me has dicho tu nombre, replicó ella

Me llamo Fermín. Pero llámame como quieras, si el nombre no te conviene o no te gusta.

Ella lo pronunció en la oscuridad, y se dejó llevar por el torrente de sensualidad que envolvía la noche. Era cierto, que ella no lo había visto, pero sentía que ya lo amaba. Antes de cerrar la ventana, se propuso luchar por el amor de Fermín, contra sus padres y contra todo San Julián si se interponía. Solo cruzar unas cuantas palabras con él, la hicieron ver lo que él atesoraba en lo más profundo de su alma. Esto solo se logra con seres excepcionalmente irrepetibles y de una calidad y cualidad humana divina. Fermín era indudablemente uno de ellos, y como ángel vertió todo su encanto y todo su cariño en su entrañable Cristina de su alma.

Pasaron pocos días y la intensidad del amor entre Cristina y Fermín aumentó día con día. Ella guardaba todas las cartas que él mandaba y fue formando una grandiosa colección de sentimientos que la hacían recordar al hombre que la amaba más que nada en el mundo. Una noche sofocante, las sacó todas y se quitó la ropa. Abrió la cajita de madera con la llave que guardaba en el pecho, y leyó una

por una. Al notar la presencia de Fermín, el cuarto frío y oscuro comenzó a subir de calor y una luz tenue en color naranja iluminó toda su habitación. Cristina se dejó caer sobre la cama, completamente desnuda. Un mechón de su cabello le cubría el seno derecho, pero lo demás estaba naturalmente descubierto y se dejaba entrever sus encantos de mujer, porque Cristina ya lo era, su cuerpo lo gritaba. Con Fermín al lado, y las cartas extendidas a lo largo de toda la cama, Cristina sintió una explosión en su corazón y en su alma. Fue feliz, y conoció a través de unas letras hilvanadas perfectamente para producir frases hermosas que embriagaban su mente lo que era el deseo.

Fermín la visitaba con asiduidad todos los días, a la misma hora de costumbre, las 20:30 horas. Fueron pasando los días y las semanas y así transcurrieron seis meses. Al paso de los seis meses, Un 23 de Marzo, Fermín se introdujo en la habitación de Cristina y misteriosamente portando una máscara, y con la luz de la noche cubriéndole la cara, le hizo el amor hasta el amanecer. En la mañana desapareció, como ave madrugadora y el solo hecho de un pequeño dolor que le deja él como recuerdo, la convenció de que no había sido un sueño, sino una realidad. Cristina y Fermín se habían convertido en amantes literalmente de la noche a la mañana y habían experimentado juntos, el orgasmo más profundo que desgraciadamente no pudo estar acompañado de bellas caricias de mañana, las cuales también le hacían mucha falta.

Una noche de Mayo, Cristina cayó rendida ante las cartas de su amante, como venía haciéndolo todos los días y se dio cuenta una vez más que nunca le había visto a la cara, y aun así lo amaba. Esta disyuntiva se hundía en el fondo de su corazón, en numerosas ocasiones trató de cortar la rosa blanca de su amor efímero, pero solo retoñaban mas botones, y el amor que venía después era diez veces mas fuerte que el anterior. Cristina solo sentía y trataba de no pensar. De todos modos, ella no estaba haciendo nada de mal. El único mal, si acaso era amarlo con todas las fuerzas locas de su

corazón. Pero el descubrimiento de un ara de oro en su mano, una noche la destrozó.

- “ que es esto?” Pregunta ella

Fermín quito la mano de la protección de las de su amada, y si hubiera sido en pleno día, se hubiera muerto de tristeza y de pena.

-”Es un anillo” dijo él.

- “Si ya lo sé, pero porque en esta mano y porque en este dedo y porque de esa forma”

-”Estoy casado” contestó él.

El peso del dolor en su corazón cayó como mil toneladas de plomo. Casado. Era definitivamente y absolutamente una condición bastante importante y que nunca lo había especulado. Casado. Para Cristina, por lo menos el casarse no le era un tema desconocido, y no supo porque la palabra cayo tan hondo en su pecho. Pero claro! Era Fermín y Fermín estaba casado. Fermín había hecho un juramento de amor y de fidelidad tiempo atrás. Lo había prometido todo, enfrente del testigo más poderoso del mundo entero, enfrente de Dios mismo. Había tomado la mano de una mujer y había depositado un anillo, y por su parte él había recibido otro, y fueron unidos por un lazo. Un precioso lazo blanco que Cristina sentía que la ahorcaba, se estaba muriendo, se estaba ahogando. Que Fermín no hubiera cumplido la promesa estaba mal, pero que ella fuera cómplice de la misma era detestable y horrible. Solo de imaginárselo, en esa misma noche lloró hasta que sus lágrimas inundaron la cama entera. Casado. ¡Que tragedia! ¡Que triste! Y que ruin y que despreciable y mísera vida. Sin embargo, no podía recriminarle nada ya que él nunca lo ocultó, y las circunstancias estaban expuestas de manera clara. Esa misma noche, Fermín se quito de las tinieblas y le mostró su rostro. Cristina lo estudió meticulosamente y lo toco, y lo adoro y lloro junto a él. Estaba

demasiado involucrada para poder pensar, para poder creer que Fermín le doblaba la edad, y que aún así, ella seguía sintiendo los mismos escalofríos del primer día.

-” Te quiero Fermín” le dijo ella. Fue todo lo que pudo decir. Él hundió su cara en su pecho y se dejó acariciar.

Al paso del tiempo, Cristina descubrió que Fermín no solo era casado, sino que en ocasiones no podía subir a su ventana porque su esposa se encontraba en San Julian. Un día los vio pasear por el parque. Estaba cayendo una suave lluvia y Fermín, sostenía un paraguas en su mano izquierda mientras su esposa dejaba reposar su cabeza sobre su hombro y lo tomaba de la mano. Su esposa era tan bonita, con unos dulces ojos azules y cabello largo y castaño. Mientras que Cristina solo era una simple chamaquita, como le gustaba que la llamara Fermín.

Una noche, Fermín loco de pasión le propuso una visita a un lugar lejos de SNI. Julian, al bosque del Renacimiento, donde por unas lindos y bellos días y aprovechando que su esposa se encontraba de peregrinación por Fátima, podrían disfrutar de su amor. Cristina, como estaba enamorada decidió aceptar. Esa misma noche, empacó todas sus cosas y le entró una culpa tremenda. Ella se había convertido en un diablo del sexo, y sabía que decirle a Fermín para lograr extasiarlo. Quizás fueron que los senos de Cristina tan vírgenes, tan intocables y tan preciosos enloquecieran a Fermín, y ella al notar su locura se volvía más sensual aún, porque no había que dudar que si ella era un diablo del sexo, él era un excelente amante. Tantas imágenes inundaron su mente, y el pensar en el Bosque del Renacimiento la hizo morir. Dos días completamente alejados de SNI. Julian y del mundo entero. ¡Que dicha! ¡Que felicidad!

Esa noche, cuando Fermín llega con su caballo y su capa negra hasta la mágica ventana por donde había subido muchas veces, a esa nube

que envolvía el cuarto de Cristina. Ella lo observó y se preguntó: ¿Qué estoy haciendo? Miró el crucifijo que llevaba en su pecho, y se dio cuenta que Fermín no sabía nada de ella. ¿Cómo la podía amar? Amaba su cabello negro, sus ojos verdes, amaba el lunar en su cintura, hasta amaba su alma, pero no conocía quien era Cristina. Cristina era más que nada, un pobre borreguito asustado, incapaz ante el mundo. Quizás era cierto que era admirada en SNI. Julian, pero quizás nadie comprendería que ella gritaba y pedía y exigía amor a los 4 vientos. Amor era una condición tan bonita, y tan mágica y tan terriblemente difícil de conseguir. Vio a Fermín y la inundo una ola de ternura, y comprendió que hubiera muerto y hubiera matado si solamente Fermín hubiera sido su padre. Por eso lo amaba tanto. Él con toda su sabiduría y todos sus conocimientos le enseñaba mucho, con su ternura la rendía y la tenía en sus manos. Pero viéndolo ahí sentado comprendió que Fermín no era su padre y asustada retrocedió un paso y después dos. Fermín debía de ser el amigo de su vida, y la preciosa juventud de Cristina y todos sus sueños y todos sus deseos y toda su diablura sexual deberían de ser para Gustavo. Gustavo que no tenía el precioso lazo blanco, que la ahorcaba y la asfixiaba y la iba a matar. Cristina tenía la maleta en una mano y sus ilusiones en la otra. Después de casi desfallecer inerte en el suelo, cerró la ventana, cerró la nube y se entregó a la gran verdad de su vida, emprendiendo con gallardía la falta de comprensión que había en este mundo. Fermín le devolvió la ilusión y la hizo una gran mujer. Cristina sabía que de aquí en adelante sus logros serían los de él. Era su padre en espíritu, que diablos hasta le encantaban los toros como a ella, y encima de todo escribía cartas con la sensibilidad de un ángel. Ahora tocaba no solo cortar la rosa, sino la planta entera y en su lugar sembrar un eucalipto precioso, que al contrario de las rosas blancas, sería fuerte y sería grande y sería magnifico. Sería precioso y divino, y lo más importante de todo es que estaría ahí.

Estaría ahí.....

Apenas había transcurrido algo más de media hora estaba Coral de regreso. Yo intuyo que ella estaba impaciente por saber mi veredicto en torno a lo que me había entregado para que lo leyera.

-¡Ya estoy aquí, Luis Miguel! “ Me dice “. ¿Te ha gustado mi relato?

- Lo que me has hecho sentir, querida Coral, al leer este bello relato es algo que necesito decírtelo muy despacio. Ante todo, permíteme que te lo diga: me has hecho soñar. Tu relato de amor es algo inenarrable. Has impregnado tus sentires en estos folios tan lindos que, es un crimen que no se pueda publicar tan grandioso relato. Le has hecho un bello canto al amor y, en los tiempos que corremos, que alguien sea capaz de hablar de amor, ello es casi impensable. Tú, Coral, lo has logrado. Y, lo más relevante de tu vida es que, con tu relato, analizas lo que fue tu primer fracaso en amores. La historia, como bien dices, podía haber sido cierta. Fermín y Cristina, los protagonistas, en el tiempo de su amor fueron muy felices. Tengo claro, chamaquita adorada que, por obviedad, a pesar de ser una página en la historia de tu vida, has querido novelarla para no herir a nadie, de forma concreta, al hombre que te ofreció su amor imposible. Me has subyugado, déjame que te lo diga. El fondo, la esencia de la historia es maravillosa. Lo triste de la misma es que el final no haya sido feliz. Es cierto que, de haber triunfado la felicidad y el amor, ahora no estaríamos hablando de este tema. Al respecto de cómo escribes, Coralita, yo te sugiero que no abandones nunca en la vida, esa hermosa condición de tu alma; ese talento tuyo que te desborda por todo tu ser y que, entre otras muchas virtudes, escribiendo eres única. Vayas donde fueres, por favor, sigue escribiendo. Como sabes, desde que me desubiqué del mundo apenas había leído nada; es que nada me interesa. Ahora, tras leer este bello relato que me has entregado, he creído de nuevo en el

amor. Esta noche se lo daré a mi Tica adorada para que lo lea. Creo que se estremecerá. ¡Lo tengo seguro.¡

-Te has quedado como anhelado, Luis Miguel. Yo no pensaba emocionarte tanto. ¡Vuelve en sí, por favor¡

-Ya te he contado cual ha sido mi impresión, pero es que, si me permites, quiero que me hagas una fotocopia de esta maravilla de relato. Yo no guardo nada; papeles, mucho menos. Pero, por favor, esto quiere que sea una reliquia que me acompañe hasta mi muerte. Será, a no dudar, el mejor regalo que me hubieras podido hacer. Así, cuando te marches, cuando me deprima, cuando mi alma se sienta sola, me pondré a leer esta historia que podía haber sido cierta y me sentiré muy feliz. Comprendo todo el dolor de tu espíritu, de tu alma y de tu corazón. Te enamoras perdidamente de Fermín y, un día, descubres que es casado. Conoces al mejor ser humano de la tierra como tú dices, a través de Internet. Dice llamarse Lucho, vivir en España y, tras un año de búsqueda, no has dado con su paradero. Tu situación amorosa es como para acomplejarse cualquier mujer. ¡Qué pena tan grande tengo al sentirme inútil y no poder ayudarte en tu corazón ¡ A propósito de amores, fíjate que veleidades tiene el destino. Ayer se me acercó un señor, me entregó un bocadillo envuelto en papel de periódico. Como siempre, tras sacar el bocadillo iba a tirar el papel y, ¡sorpresa grande¡ Vi un artículo en que él titula me invito a leerlo. HÁBLAME DE AMOR, se titula. Por lo que veo, aun queda gente capaz de enamorarse y, por supuesto, de escribirlo. ¿Quieres leerlo?

Si, déjame, por favor. Te lo leo en voz alta: escucha, a pesar de que te lo sabes de memoria.

HABLAME DE AMOR.

“Me pides, director, para esta nueva sección que tan gentilmente has creado, que te hable de amor. Me conoces, me sabes de sobra enamorado y, quizás, por ello, has pensado en mí. Fíjate que, a todos nos sobra capacidad para la crítica destructiva, para el odio, el rencor y la maldad. Seguro que, por todo ello, me pides que haga un

cántico al amor. Heteme tuyo.

En la vida, como dijera Oscar Wilde, se puede resistir a todo menos al amor. Qué gran verdad la de este hombre. A veces, uno, exento de cordura le gustaría que el corazón aplastara la propia razón y, de este modo, abrir las puertas de la locura. Sería lindo, ¿verdad? ¿Loco, loco por amor? Bendita locura. Hay de aquel corazón que no tenga una alegría que cantar, seguro que no es una buena persona. Quién no esté alegre no puede vivir enamorado, es una ley del destino. Nadie, estando enamorado podría hacer la maldad.

Amaros los unos a los otros, lo dijo el padre. Amémonos, será la mejor de las fortunas que podamos jactar en esta tierra. Cuando las gentes se siguen matando, odiando y destruyendo, uno se aferró al amor. ¿Qué otra cosa se podría hacer, sino? Amar es, recordemos, sentir que alguien te espera y que tú vives por la otra persona querida? Pobre, muy pobre será el que a nadie le esperen. Si estás vacío, si tu soledad te aplasta, es que no estás enamorado. Al terminar la jornada es hermoso, lindo, bello, pensar que alguien te esperando cerquita para darte un beso, para decirte en un susurro, la palabra más bonita del mundo: TE QUIERO.

Yo he visto a seres destrozados, a personas muy jóvenes y, al hablarles de amor han deslizado unas lágrimas por sus mejillas. Yo nunca supe qué es el amor, me dijo un día una linda chiquita. Y tendría 18 juveniles y esperanzadores años. Cuánta tristeza alberga el mundo en el conjunto de sus seres humanos. Uno, casi en el otoño dorado de su vida, sigue enamorado y, quienes deberían de poseer semejante tesoro, están huérfanos de él. Wilde, otra vez él, dijo que EL MISTERIO DEL AMOR ES TAN INDESCIFRABLE COMO EL MISTERIO DE LA MUERTE. Nada más cierto. Pero invito a que todos nos aferremos a semejante misterio. Que nadie sepa él por qué, pero que todos vivamos enamorados. A través del amor se pueden lograr las metas más soñadas. Me sobran argumentos para demostrarlo con hechos palpables, con personas a las que conocemos todos y que podrían ser representativas de todo cuanto digo. No faltará quien interprete como una simple cursilería lo que

voy a platicar, pero es tan cierto como que Dios está junto a nosotros. Todos conocemos a Curro Romero, el carismático genio de la torería. Que nadie se preocupe. No voy a hablar de toros. He escogido a este personaje para explicar las razones de su amor. Hace unos años, quizás bastantes, todo el mundo pensaba que Curro Romero había llegado al ocaso de su carrera. Sus fracasos eran sonados. Pero lo que nadie sabía que él, desde su casa, ya salía fracasado. No tenía amor. Su amadita querida le abandonó y, su corazón, roto, al llegar a la plaza, ya salía destrozado. El resultado era el fracaso, la bronca, el escarnio y la mofa del personal. Pero, hay amigo, que Curro se volvió a enamorar hacer unos años y, con 64 almanaques sobre sus espaldas, sigue siendo el más genial creador en el mundo del toro. Esta misma semana, en la feria de Sevilla, regó el albero maestrante con su magia, su amor, su genialidad y su concepción mágica del toreo. Curro, vive enamorado. No importa que su amadita querida tenga 25 años menos que él. Triunfó el amor y, su éxito, se refleja, además de en su corazón, en el mismo ruedo.

Yo he escuchado de los labios de una mujer cosas realmente asombrosas. Un día me dijo una chamaquita que tenía todo lo que se podía comprar con dinero. Una casa grande, dos sirvientas, un bonito jardín, y todas las demás cosas que, a golpe de billetes tan sencillas son de conseguir y, sin embargo, me platicaba que no tenía amor. Era pobre. Era su confesión. Me estremecí, lo confieso. En esta vida en que a casi todo el mundo le subyuga las malditas cosas materiales, un día te encuentras en tu camino un ser humano maravilloso y, en un ataque de sinceridad te cuenta lo que te he relatado. Increíble, pero cierto.

Yo estaría dispuesto a darlo todo, a que me quitaran todita mi sangre si para un gran fin si ello fuera preciso. Pero que no me arrebatase nadie a mi amor. Sería mi muerte. Alguien me espera. Qué lindo. Qué bello.

Terminaré arengando a la sociedad para decir que, los grandes placeres del mundo no se compran con la platita. Quién así pensare, vive equivocado. El amor es gratuito. Es, ante todo, una condición

de tu alma. Invito, una vez más, sin arengas como antes decía, a que la gente practique el amor. Nada existe más bello, más hermoso y más gratificante. Y cuando digo que se practique el amor me aferro a todos sus vertientes. Pero para que nuestro amor sea excepcionalmente bello, primero debemos de practicarlo en nuestro corazón y, más tarde, en nuestro cuerpo. Será, ya lo pueden comprobar, un bello complemento.”

Alan Prat.

-No me pongas esa carita, Coral, que me entristeces. Mientras leías he ido viendo las expresiones de tus ojos y, éstos lo decían todo. He querido enternecerte y, de alguna manera, intuyo que te he dañado. Leíste un cántico al amor en el que Alan Prat nos hace ver con su pluma la magnitud de su amor ó, en su defecto, con su magia, nos ha hecho creer que el amor sigue siendo posible. Perdóname, Coralita, yo no quise nunca que te pusieras melancólica. ¿Viste? Yo hablándote de amor, incluso contándote mi amor maravilloso con mi Tica querida, mientras que tú, en este aspecto, la vida no ha querido sonreírte. No desfallezcas, por Dios te lo pido. Eres muy joven. Te quedan todas las ilusiones del mundo por marchitar. Si no encuentras a Lucho, no sufras. La vida, al final verás como te deparará alguna sorpresa magnífica. Piensa, querida amiga, en lo que ha sido mi paso por la vida. Nunca hubiera yo podido pensar que una mujer pudiera enamorarse de mí, y menos en mis actuales circunstancias. Ya viste. Soy muy feliz con Tica.

-Gracias, Luis Miguel. ¡Qué paz tan grande encuentro cuando platico contigo! Cuando me marche a mi Irapuato querido, siempre te recordaré.

-Confieso haber vivido, junto a Coralita, emociones indescriptibles. Ella me ha inyectado esa hermosa ilusión por la vida, por sus gentes y, ante todo, por el amor.

-Tras la dulce plática con esta entrañable Coralita mexicana, casi al caer la noche, viene a verme mi Tica querida. Es ya el otoño dorado

y maravilloso de este Madrid reluciente, mágico e indescriptible. La Gran Vía es, como todos sabemos, la calle, una de las calles emblemáticas de la ciudad. De esta calle tomó nombre la famosa zarzuela del mismo nombre que, como todo el mundo sabe, tanto engalanó lo que llamamos como el género “chico” de nuestra incomparable música. Al respecto de Coral, pasado un tiempo, pregunté por ella y, uno de sus compañeros de estudios, me dijo que se había marchado a su Irapuato querido, allá en México. Según me contaba este muchacho que era su compañero de master en la universidad, Coral se marchó desolada al no encontrar al que, según ella, era – podía haber sido- el amor de su vida. Se demostró que, esta muchacha, vivió un bello sueño y que, la vida, si acaso, es todo un sueño el que tenemos que vivir a diario. Ocupémonos del presente que, como le pasó a Coral, el futuro está en manos de Dios. Coral, como me dijera su amigo, no tuvo valor para venir a despedirse de mí puesto que, de haberlo hecho, las lágrimas, las de los dos, hubiera inundado la calle. Ahora, junto a mi Tica querida, la recordaré como una muchacha maravillosa, ejemplar en todos los sentidos y que, por amor, fue capaz de venir a España.

JUNTOS EN EL TEATRO.

-¡Luis Miguel! – Me dice Tica – recoge todas tus cosas que esta noche tenemos una cita muy especial. ¡Nos vamos al teatro!

-¡Por Dios, Tica, qué dices; no, de ninguna manera! Además, fijate cómo estoy. Hace tres días que no me lavo la ropa. Huelo a calle, a humo de los coches; huelo que apesto, ya sabes. Tengo barba de varios días y, como imaginas, tampoco me apetece afeitarme. Sólo rasuraré mi barba cuando tú me lo digas, cuando quieras que hagamos el amor de nuevo.

-¡Por favor, Luis Miguel, te lo pido de rodillas; acompáñame! En mi pensión dejaste ropa limpia. ¿Recuerdas? El teatro queda cerca de allí y, podrás cambiarte y, si lo deseas, podrás ducharte, lavarte. ¡Dame un beso! Hummm, sabes a hombre. Se trata de un evento muy especial. Algo que nunca te arrepentirás de haber visto; te lo

prometo. Tus ojos, Luis Miguel, van a contemplar a un personaje increíble y, al tiempo, tus oídos se deleitarán hasta el punto de que, con tantos años como has vivido, jamás lograste extasiarte como yo te prometo que esta noche te ocurrirá. Vas a sentir la magia de un poeta, de un gran cantor argentino que, su actuación, te llevará hasta la gloria. ¿Oíste hablar de Mario Benedetti? ¡Pues este es mejor, te lo garantizo! Está actuando en Madrid Facundo Cabral en unión de su compatriota Alberto Cortez. Juntos han creado un espectáculo bellísimo que bautizaron como LO CORTEZ NO QUITA LO CABRAL. Fui a verles el otro día y, puedo jurarte que, si pudiera, vería el espectáculo a diario. Llevan más de 40 días actuando y, el lleno, en el teatro, es una constante de a diario.

-Tica, Tica de mi alma, digo yo: ¿Para qué quiero yo saber quien ese Cabral que tú tanto veneras? Si tengo claro que nadie me hará subir de nuevo al mundo. Me bajé y, estoy feliz; ya lo sabes. No tengo interés alguno en conocer a ese hombre. ¡Además! ¿qué pinto yo en un teatro? Pero si yo ya veo a todos los miles de actores que pasan a diario por esta calle, por el todo Madrid.

-¡ Hazme caso, Luis Miguel! ¡ No me seas cabezón! Esto no tiene nada que ver con las funciones de teatro al modo. Es algo distinto, te lo prometo. Te aseguro que, Cabral, es capaz de crear un mundo como el tuyo, pero todo ello, encima de un escenario. Esas sensaciones que tú eres capaz de sentir a diario, Cabral, te las enseñará en un teatro. Es algo mágico, increíble e inenarrable.

-¡Has ganado, Tica! Ahí vamos.

-¡Recoge tus cosas, que nos marchamos! Abrázame, Luis Miguel. ¿Quieres? ¡Qué feliz me siento cuando estoy entre tus brazos! Así, cógeme por la cintura. ¡Hueles a hombre! A mi me sigues fascinando. Ya lo sabes. No corras, por favor. Tenemos tiempo de sobra. El espectáculo empieza a las 23 horas. Nos quedan casi tres horas para nosotros.

-¿Y tu trabajo, vida mía?

De esto te quería hablar. ¡ Quiero dejarlo, Luis Miguel! ¡ Estoy harta!. Es que, fíjate, creo que ha llegado el momento idóneo. Son muchos años en este oficio asqueroso en el que, por mis hijos, como

te conté, he soportado todas las humillaciones que un ser humano, que una mujer pueda soportar. ¡No puedo más! Me quiero quedar contigo, a tu lado, pero para siempre. La vida de mis hijos ya está encarrilada. Me ha contado mi madre que, una vez han terminado sus estudios, a Dios gracias, tanto el chico como la chica, han encontrado un trabajo digno y, crematísticamente, ya no me necesitan. Para mí, como sabes, no quiero nada.

-Tras tanto esfuerzo, por lo que me platicas, intuyo que también quieres bajarte del mundo. Tú, hasta ahora, has manejado un dinero, no has tenido privación alguna, a cambio de que te humillaran en tu cuerpo y en tu alma, es verdad. Pero, mi mundo, ya lo conoces. Es el mundo de la libertad, de la felicidad, pero siempre, siendo consciente de que no te hace falta de nada. Si té quedas conmigo, ya sabes; conoces de sobra el “hotel” en donde pernocto. Sabes de mis limitaciones y de mi vida toda. No te equivoques. Las mujeres, todas, les gustan los trapos, los perfumes y otras muchas cosas que valen mucho dinero. Tú, hasta la fecha, de nada te ha faltado y, como has demostrado, has financiado los estudios de tus hijos. Entrás, si té quedas, como sabes, en el mundo de los “sin nada”.

-Está ya decidido, Luis Miguel. Si me lo permites, a final de año me quedo para siempre a tu lado. Sabes que, por las veces que has venido a mi casa, hemos compartido la misma cuchara, el mismo plato, la misma mesa, la misma cama, por supuesto. Dejaré la pensión y me quedaré contigo. ¿Te gusta la idea?

-¡Me fascina, por lo convencida que me lo has dicho! Yo no te impediré que estés a mi lado; Todo lo contrario: me sentiré muy halagado con tu presencia. Cuando dejes la habitación, no olvides de traerte la manta que tienes en la cama. En la calle, las noches de invierno son muy duras y, aunque tenemos el cobijo del metro, el frío es intenso. Al caer la noche, cuando nos resguardemos, te acurrucaré entre mis brazos para que no sientas el menor frío; incluso te daré mi manta, mi gabán para que te protejas.

-Tras esta confesión, Luis Miguel, ¡qué feliz me has hecho de nuevo! Eras, te lo dije el primer día que nos conocimos, la envidia del mundo y, por supuesto, la mía. Ahora me sentiré tu cómplice en

todos y cada uno de los sentimientos. ¿Me dejas que te confiese algo? En aquel momento en que te hice el amor como un cliente más, te le juro que jamás pensé que podía llegar en amarte como lo estoy haciendo, ni por supuesto pude llegar en imaginar que acabaría mi vida junto a ti, como tu linda Mendiguita.

-Tica, te quiero mucho. ¿Lo notas? No sabes cuán feliz me has hecho. Yo nunca te hubiera pedido que hicieras esto por mí. Y, como debes de suponer, cada noche, rezaba por ti. Tu mundo no era el que yo pudiera idealizar. Y lo dice alguien que, como tantas veces te confesara, pagaba verdaderas fortunas por conseguir el sexo. Pero mi corazón, a diario, vibraba por ti, sufría por ti y, le pedía a Dios que un día abandonara tu frente de batalla. ¡Lo hemos logrado! Me siento como flotando, Tica. ¡Ya hemos llegado a tu casa! Ha sido, sin lugar a dudas, nuestro paseo más inenarrable. Tu confesión ha calado en mi alma. ¡Quieres abrir la puerta? ¿Me dejas que te suba en brazos a la habitación?

-¡Si, por favor, como aquel día mágico que hicimos el amor como dos enamorados que somos. ¿Recuerdas? Estás fuerte. Eres muy macho, Luis Miguel. En llegar, por favor, déjame caer sobre la cama y me besas bonito, como tú sabes hacerlo.

-Ahí estás. Quédate acostadita mientras me ducho. No te levantes. No tardo nada. Quiero besarte en tu boca antes de marcharnos. ¿Has visto? Ya estoy listo. ¿Me dejas tus labios, Tica? Quiero saciarme en mi alma. Así, abrázame fuerte, como siempre hacemos. Tu mirada, Tica, como te dije, me cautivó, me embelesó y me enloqueció. Soy tuyo, sin que lo dicte ningún papel. ¿Nos marchamos?

-¡Vámonos, Luis Miguel! Dentro de breves momentos contemplarás el espectáculo más bello que jamás podías imaginar. Será, sin lugar a dudas, tu última incursión al mundo de donde decidiste apearte. Pero si te puedo asegurar que no te arrepentirás de haber “vuelto” por unas horas. Mira, mira las colas tan grandes de gentes que se han formado junto al teatro. Todos quieren ver a Cabral. Se ha corrido la voz y, en esa boca a boca que tanto vende, todas las noches se abarrota el teatro.

-Salimos del teatro y, prometo que me quedé anonadado. Cortez y Cabral, Cabral y Cortez, tanto monta..... me dejaron asombrado. Razón, y mucha, tenías, querida Tica, cuando me propusiste que “volviera al mundo” aunque fuera por dos horas. Jamás había visto nada igual. Ha merecido la pena. Estoy emocionado, Tica de mi alma. Creo que floto. Este Cabral, Dios mío, me ha conmovido por completo. Es, como he comprobado, la filosofía de la vida que tanto quiero, por la que abandoné todo y, ahora, Cabral, me ha recordado que soy feliz. Mil gracias, mi Tica querida.

-Abrázame por la cintura, Luis Miguel. Veo en tus ojos que te quedaste maravillado. Sabes, mi amor, que jamás te equivocaré. Te contaba las mil maravillas de estos hombres y, qué bonito que me diera la razón. ¡Vámonos a darnos un paseo largo por la noche de Madrid, ¿te apetece?

-Contigo, Tica, hasta el fin del mundo. Estoy muy contento a tu lado. Esta noche, mi Tica del alma, nos la pasamos en vela. Es el mes de agosto y, como estás viendo, las noches de Madrid resultan bochornosas. Sí, en cambio, para pasear, son una delicia. Ahí vamos.

-Desde que conocí a Tica, Dios mío, vivo en un estado de felicidad tan especial, tan mágica que, le pido a Dios que no se me acabe nunca. Era ya de madrugada cuando nos despedimos. Le dejé en su pensión cuando ya estaba amaneciendo. Un beso selló nuestros labios, junto con uno de los miles de abrazos que nos damos a diario. La gente, a la hora del abrazo, suele ser fría; yo era frío puesto que jamás abracé a nadie. Ahora, por el contrario, siento el cuerpo de Tica junto al mío y, me estremezco en cada instante.

-Estoy feliz, dichoso y enamorado. ¿Le puedo pedir más a la vida? Lo tengo todo. Y, mi estado emocional es tan sumamente bello que, desde que Tica me dijo que abandonaba su profesión para hacerme compañía todas las horas del día, desde ese instante, vivo ilusionado. Las cosas de mi vida, todo lo que me ocurre, lo vivo y, apenas puedo creerlo. ¡Soy feliz! Logré lo que todo el mundo anhela; Pero lo hacen todos por el camino equivocado. Las gentes, el mundo, en su conjunto, siguen creyendo que la felicidad viene dada por el dinero y el poder. Error monumental que, como se demuestra a diario, todo

son fracasos por esa senda. Y habla quién tanto fracasó en aquel mundo; lo cuenta el que estaba convencido que, con dinero, se compraba la felicidad. ¡Pobre de mí! ¿Cómo pude vivir tan equivocado?

-Mi amada Tica dejó la prostitución por mi amor, algo que jamás podré pagarle. Son ya muchos meses de amor junto a ella en que, a diario, suele acompañarme en este portal madrileño. Ella no dejó la pensión puesto que, la dueña, doña Manuela, le aprecia mucho y, desde que murió Cristina, Tica es la mejor referencia humana para la señora Manuela. Ya se sabe, una señora mayor que, su único apoyo, digamos que, su única compañía es mi adorada Tica. Aquella pensión, refugio para su cuerpo, se ha convertido en nuestro nido de amor. Cada vez que nuestro amor entra en la fase más dulce, más entrañable, acudimos a la pensión para satisfacer nuestros cuerpos, dándole rienda suelta a estos sentimientos que nos dan vida e ilusiones.

-Cuando mi felicidad era inimaginable, una tarde, ya apagándose los rayos del sol, alguien viene corriendo, de forma apresurada, para verme y, al divisarme, me grita: “¡Luis Miguel, Luis Miguel!” Por la voz le reconocí. Era Patricia, una compañera de Tica que, sudorosa y estremecida, me dice que quiere que me vaya con ella muy pronto. “Tranquila, no tengas prisa” le respondí. Pero Patricia insistía en que era algo muy urgente, que no debíamos de perder tiempo. Al verla, de inmediato, sin pretenderlo, pero auguraba que algo malo estaba sucediendo. No era normal tanta prisa. “Cogemos un taxi y nos vamos, Luis Miguel”. Me dijo consternada. ¿” ¿Adónde vamos?” Le respondí muy preocupado. A Patricia no le salían las palabras de su cuerpo y, montados en el taxi, al momento comprendí hacia qué lugar íbamos. Era el hospital. Bajamos del coche y, Patricia, sin más, me abraza muy fuerte, rompe a llorar de dolor y, sin poder pronunciar palabra alguna, su llanto me lo dijo todo. Algo grave, muy grave, había ocurrido y ella, mi amiga, no tenía alientos para contármelo. Entramos en el hospital y, un médico muy amable nos atendió. “¿Son ustedes los familiares de Tica?” Respondimos con la cabeza, con nuestros ojos, puesto que, ambos, habíamos perdido la

voz. Prosiguió el médico:

“Esta mañana ha entrado en estado crítico la señorita Tica, amiga de ustedes. Ha sido arrollada por un automóvil y, su estado, cuando ha venido, era ya crítico. Lesiones de diversa consideración nos han obligado a intervenirla con urgencia. Tras cinco horas en el quirófano, cuando creíamos que podría superar el shock, instalada ya en la U.C.I., ha sufrido un paro cardíaco que ha sido mortal de necesidad. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Nosotros, el equipo médico que la hemos atendido está muy triste, no en vano, tras la intervención, tenía el pulso normal y pensábamos que la habíamos salvado. Que Dios la tenga en la gloria”.

-Me abracé a Patricia y, lloré, de forma amarga. Mi amiga intentaba consolarme y, entre sus lágrimas, me abrazaba para darme fuerzas. Ella quería ser valiente al verme a mí tan destrozado. Nos postramos ante el cuerpo sin vida de Tica y, en aquel instante, deseaba morir. Por qué te las has llevado, Dios mío, me preguntaba en cada instante. Teníamos su cuerpo. Sus manos, frías, como su rostro; pero sin perder la belleza que la caracterizó. Su pelo, tan hermoso como cuando estaba en vida: toda ella, aún estando muerta, conservaba su belleza que tanto me cautivó. Me abracé a su cuerpo sin vida sin encontrar un motivo de consuelo. No podía marcharme de su lado. Patricia tuvo que hacer un gran esfuerzo por apartarme de la mujer a la que tanto quise en esta vida. Tica, trasladada del hospital al tanatorio, recibió mis lágrimas y mi cariño eterno. Al día siguiente, no tuve valor para despedirme en el cementerio de ella. Me quedé en mi calle, con mi tristeza y con mi dolor. Patricia me contó todos los detalles de su entierro. Yo no quería saber nada. Roto por el dolor como me encontraba, ni alientos tenía para escuchar a mi querida Patricia que, intentado consolarme, me descorazonaba mucho más en el relato de la sepultura de mi Tica querida.

-¡Qué solo me dejaste, mi Tica del alma! Mañana, cuando mis manos se guarnescan del frío con los guantes tan bellos que me regalaste, seguiré pensando en ti. Te marchaste para siempre, pero siempre vivirás junto a mí. Tu amor, el que nadie me podrá expresar como tú me lo diste, es que alimentará mi alma y mi vida. Se

llevaron tu bello cuerpo, Tica amada, pero nadie me arrebatará tu alma, la que siempre vivirá junto a mí.

THE END